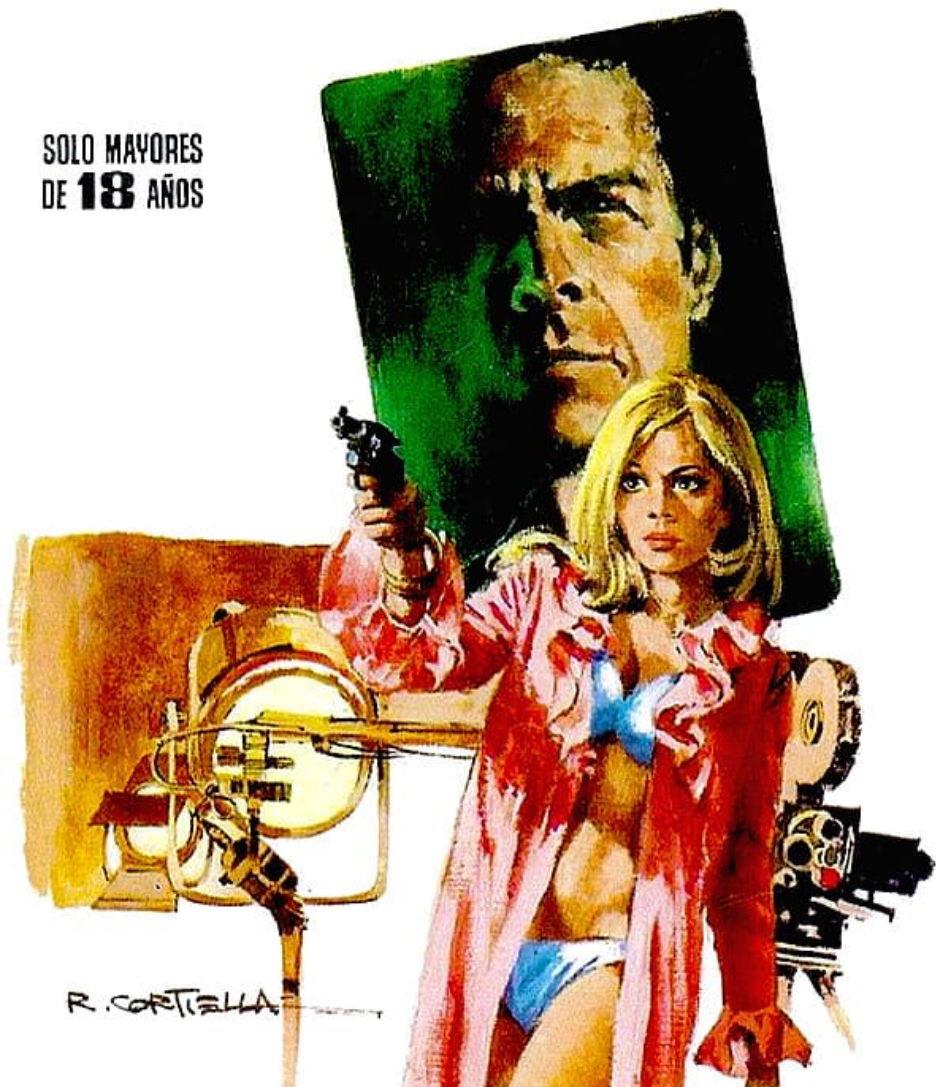


PUNTO
ROJO

EL MUERTO ESTORBA

Clark Carrados

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



A Gillis Wheeler le gustaba que le llamasen *amo*, más que *jefe* o *patrón*. Wheeler, en el fondo, era un romántico y muchas veces se consideraba de más en esta época. A él le hubiera gustado más vivir en el siglo pasado y en el Sur, dueño de una inmensa plantación y de un millar de esclavos, que curvarían el espinazo al paso del amo, montado en un alazán de Kentucky, respetado y considerado por la vecindad y con altas aspiraciones en la política. Pero como eso no era ya posible en la segunda mitad del siglo xx, Wheeler tenía que conformarse sin la plantación y sin los esclavos, aunque sí había conseguido que le llamasen amo los cuatro miembros que componían su pandilla.

Wheeler y los suyos se hallaban congregados en una habitación someramente amueblada, aunque había sillas para todos y una ancha mesa redonda en el centro, alrededor de la cual tenía lugar la conversación en la que, hasta el momento, Wheeler había llevado la voz cantante. En uno de los ángulos se veía un viejo televisor y en la pared opuesta había un gran armario, cuya madera había perdido ya el brillo original hacía muchos años.



Clark Carrados

El muerto estorba

Bolsilibros - Punto rojo - 892

ePub r1.0

Lds 05.03.11.18

Título original: *El muerto estorba*

Clark Carrados, 1979

Cubierta. Rafael Cortiella

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 892. Bruguera – 1979

Colección

PUNTO

ROJO

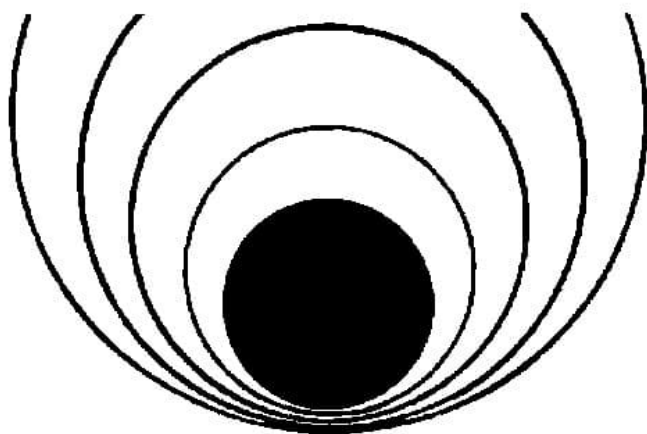
n.º 60. Ediciones B – 1994

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

A Gillis Wheeler le gustaba que le llamasen *amo*, más que *jefe* o *patrón*. Wheeler, en el fondo, era un romántico y muchas veces se consideraba de más en esta época. A él le hubiera gustado más vivir en el siglo pasado y en el Sur, dueño de una inmensa plantación y de un millar de esclavos, que curvarían el espinazo al paso del amo, montado en un alazán de Kentucky, respetado y considerado por la vecindad y con altas aspiraciones en la política. Pero como eso no era ya posible en la segunda mitad del siglo xx, Wheeler tenía que conformarse sin la plantación y sin los esclavos, aunque sí había conseguido que le llamasen amo los cuatro miembros que componían su pandilla.

Wheeler y los suyos se hallaban congregados en una habitación someramente amueblada, aunque había sillas para todos y una ancha mesa redonda en el centro, alrededor de la cual tenía lugar la conversación en la que, hasta el momento, Wheeler había llevado la voz cantante. En uno de los ángulos se veía un viejo televisor y en la pared opuesta había un gran armario, cuya madera había perdido ya el brillo original hacía muchos años.

—De modo que ya estamos todos impuestos de lo que se ha de hacer —decía *El Amo* en aquellos momentos—. A las nueve y veintidós en punto...

—Yo, vestido de viejecita coja y reumática, tropezaré con uno de los guardianes del furgón blindado de la *Docker Express* y procuraré, si me es posible, que caiga al suelo. En caso contrario, me agarraré a él... —dijo Jeb Owens, alias el Manta, debido a que era un tipo muy friolero y nunca tenía bastantes prendas de abrigo sobre su menudo cuerpo.

—Yo llegaré en aquel momento con la furgoneta de reparto de la

North & West

Foods y me situaré en las inmediaciones del camión blindado —recitó Sam Fong el Chino. Su apodo resultaba lógico, dados sus rasgos orientales, debidos al cruce de un marinero chino, con una mujer de la vida, en un puerto, cuyo nombre no había logrado Fong averiguar jamás.

—En cuanto a mí, estaré llegando por el otro lado y amenazaré al conductor con mi pistola —dijo Clem Goodline el Comadreja, de regular estatura y rostro conejil.

—Por mi parte, me ocuparé del otro guardián y, si es preciso, lo desarmaré con una llave de judo —habló Alex Morton el Bello Alex, encanto de las mujeres de todas las edades... y también de algunos hombres con inclinaciones nada rectas.

—Magnífico —dijo Wheeler, vivamente complacido al ver que todos conocían el plan trazado por él durante días enteros—. Y, por mi parte, yo estaré con el camión pesado, en el que habré simulado una avería, junto al cruce de la Décima y Howitzer. La rampa posterior estará bajada y la furgoneta no tendrá más que trepar hasta el interior de la caja.

—Con nosotros cuatro a bordo, por supuesto, amo —sonrió El Chino.

—Justamente, con los cuatro... ¡Y un millón de pavos!

—El golpe más grande de los últimos diez años.

—La fortuna para todos.

—Dinero, mujeres bellas, una playa soleada... —suspiró Alex.

—Y buenos tragos a todas horas —rió Fong.

—Hombre, hablando de tragos, deberíamos celebrarlo —propuso Wheeler—. Sam, ahí, en el armario, tengo una buena botella. Tú, Clem, ve a la cocina y trae vasos para todos.

—Sí, amo —contestaron los dos aludidos al mismo tiempo.

Goodline salió de la habitación. Mientras Fong forcejeaba con la cerradura del armario, que parecía oxidada. Al fin, consiguió que la llave girase como debía.

Entonces, al abrir, un bulto cayó sobre él y lo derribó al suelo. Fong, lanzó una estruendosa imprecación, mientras cerca de él se oía un singular estrépito de sillas retiradas con presteza o volcadas por sus ocupantes. Fong no fue el único en lanzar juramentos; Wheeler era un virtuoso en este aspecto y juró y blasfemó hasta

quedarse sin aliento.

Mientras, Fong había salido gateando de debajo del bulto que, hasta aquel momento, había estado en el armario. Era un hombre y, al parecer, estaba muerto.

Un poco más tranquilo, Wheeler se inclinó sobre el cadáver y al reconocerlo, volvió a desgañitarse.

—¡Por todos los diablos! ¡Es Roy Wetterly...!

—¡Wetterly! —Resopló Alex—. Pero ¿qué diablos hacía en nuestra guarida?

—Mejor que eso sería averiguar quién lo mató —sugirió *El Comadreja*.

—La policía se encargará del asunto —dijo *El Manta*.

Wheeler pasó por encima del cadáver, sobre cuyo ojo derecho había un agujero muy feo y ya de color negruzco, y agarró la botella.

—A todos nos conviene un trago —masculló.

Bebieron en silencio. La euforia anterior se había disipado al influjo de la inesperada aparición del cadáver de un hombre al que, si bien conocían todos en mayor o menor grado, no pertenecía ni de lejos a la pandilla capitaneada por *El Amo*.

Al cabo de unos momentos, se quebró el silencio por la voz del *Bello Alex*, quien formulaba una pregunta enteramente lógica en aquellas circunstancias:

—Bueno, ¿y qué diablos hacemos con este *estorbo*?

Wheeler andaba ya por su segunda ración de *whisky*. De pronto, chasqueó los dedos.

—Ya sé —dijo, muy excitado—. Esto es cosa de Andy Stone. Me la tiene jurada desde hace mucho tiempo y, sin duda, ha aprovechado la ocasión, para ponerme en un compromiso.

—¿Quieres decir que ya habrá avisado a la poli? —se alarmó Sam.

—No, eso no; a él le conviene tan poco como a mí. Pero, como acaba de decir Alex, un muerto siempre es un *estorbo*. Stone ha querido burlarse de mí y, por la zorra de su madre, que le voy a devolver la pelota.

—¿Quieres decir, amo, que le vas a devolver...? —dijo *El Manta*, sin atreverse a completar la frase.

—Sí, exactamente lo que estás pensando. Voy a devolverle el

muerto —confirmó Wheeler.

* * *

—Lo siento, señor Blunt, pero me veo obligada a despedirle.

Las espesas cejas negras de Chester Blunt se juntaron pronunciadamente. Debajo había un par de ojos de color café, que contemplaron incrédulamente a la hermosa mujer que estaba erguida tras la mesa de despacho.

—No habla en serio, señorita Spade —dijo Blunt.

—Por desgracia, no estoy bromeando. Señor Blunt, se le contrató a usted como Jefe de Seguridad de mi empresa, con un salario más que suficiente y con amplias facultades para disponer lo mejor para la vigilancia y seguridad de las instalaciones, prácticamente sin límites en cuanto a medios. Creo que eso es algo que no ofrece ninguna duda, me parece.

—No, no hay dudas. Pero...

Phyllis Spade, alta, muy rubia, estilizada, vestida con un severo traje chaqueta gris, con cuello de terciopelo negro, levantó la mano.

—El hecho irrefutable es que, a pesar de todo, ha sido robada la caja fuerte y han desaparecido veintiocho mil dólares. Las alarmas no han funcionado, lo que implica un cómplice interior.

—¿Me acusa a mí? —Gruñó Blunt.

—No, pero eligió al personal y alguien le ha fallado. Nosotros no le habíamos fallado a usted jamás —dijo Phyllis intencionadamente.

—Eso es cierto...

Phyllis tomó un papel de encima de la mesa y se lo entregó a su atónito interlocutor.

—Pásese por caja; le saldarán sus devengos. Buenos días.

Blunt se percató de que cualquier argumento resultaba inútil y se estrellaría contra la granítica firmeza de la joven que tenía frente a sí. Agarró el papel, casi estrujándolo, dio media vuelta y salió, echando pestes del ladrón o ladrones que habían dado al traste con el que, hasta aquellos momentos, había juzgado el mejor empleo de su vida.

* * *

El coche se detuvo ante un semáforo que acababa de ponerse en rojo. Había allí un guardia que contempló con curiosidad al coche y a su ocupante.

—Parece que va muy cargado, amigo —observó el agente de la ley.

Wheeler se estremeció. Si a aquel poli le daba por meter las narices donde no debía...

—La rueda de atrás parece un poco baja —continuó el guardia—. ¿O quizá va muy cargado su maletero?

—Sí —rió Wheeler—, he matado a mi mejor amigo y ahora llevo su cuerpo al estercolero municipal. ¿Quiere verlo, agente?

El policía se echó a reír.

—En serio, lleve ésa rueda a revisar; puede darle un disgusto en el momento menos pensado. El semáforo está ya en verde. Buen viaje, señor.

Wheeler hizo un leve gesto con el índice de la mano izquierda y pisó el acelerador de nuevo. Un poco más adelante, sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente húmeda.

La sonrisa se había borrado de su rostro. Ahora, sus ojos despedían vivos centelleos de cólera.

—Aguarda un poco, aguarda, maldito hijo de puta —masculló, como si el objeto de su furia pudiera escucharle—. Aguarda un poco y verás la sorpresa que te espera...

* * *

Era rubia, alta, de hermosos senos y caderas rotundas. Estaba vistiéndose y Blunt, en la cama, fumaba un cigarrillo apaciblemente, mientras contemplaba el espectáculo de *striptease* al revés.

—El señor estará satisfecho, supongo —dijo ella, volviendo parcialmente el torso, a fin de que Blunt pudiera apreciar la perfecta redondez del seno izquierdo.

—Estoy más que satisfecho, preciosa. Te has portado como nunca, créeme —sonrió Blunt.

Ella se abrochó el sostén.

—Entonces, demuéstalo con algo más que palabras —dijo, mientras empezaba a ponerse los pantaloncitos de encaje—. El

anillo de que te hablé, continúa todavía en el escaparate. El precio es de dos mil ochocientos y me faltan todavía cuatrocientos. Anda y no seas roñoso, Chester.

Blunt se sentó en la cama.

—Lo siento, Patty —contestó—. Por ahora, tendrás que esperar.

—¿He oído bien? —dijo ella, con el ceño fruncido.

—Has oído perfectamente. Estoy sin trabajo.

Vestida solamente con el sostén y las bragas, la rubia se enderezó con brusquedad.

—Te burlas de mí y eso no me gusta —dijo, rencorosa.

—Hablo en serio, nena. Hoy me dieron la patada. Naturalmente, me pagaron una indemnización, pero como no sé cuándo encontraré un empleo, es lógico que empiece a pensar en la conveniencia del ahorro.

—Sí, y de suprimir gastos superfluos, como son tus entrevistas conmigo —gritó Patty rabiosamente—. Al menos, podías habérmelo dicho cuando llamé a la puerta de tu casa...

—Viniste por propia voluntad, yo no te llamé —le recordó él.

—Pensé que hoy estarías en forma...

—¿Y no lo estaba? —dijo Blunt irónicamente.

Patty empezó a vestirse. Momentos después, agarraba el bolso.

—Chester, a partir de ahora, cuando te queme la sangre... arréglate tú solo, como cuando eras un muchacho. No cuentes conmigo por el resto de tus días.

Sonó un portazo. Blunt encendió un nuevo cigarrillo y suspiró.

El panorama se le presentaba más que negro. El robo en las oficinas de la Spade Corporation había hecho bastante ruido, más por la falla de los sistemas de seguridad en sí, que por la suma desaparecida. Pero a nadie podría convencerle en lo sucesivo de que él era completamente inocente del hecho.

No habría quien le diese otro empleo. Tendría que procurarse una vacante en la limpieza pública, donde la oferta superaba siempre a la demanda. Y ni siquiera tenía el recurso de volver a la Policía. Después de aquel fracaso, suponiendo que le admitiesen, lo mejor que haría sería dirigir el tráfico en un cruce.

Aquellos amargos pensamientos le pusieron de mal humor. Lo había olvidado todo con la agradable compañía de la rubia, durante unas cuantas horas, pero ahora volvía a estar solo y sus ánimos

habían sufrido un bajón poco menos que total.

Decidió tomarse un trago. Abandonó la cama, se puso una bata corta y fue hacia la sala. Cuando se disponía a beber, sonó el timbre de la puerta.

CAPÍTULO II

Blunt asió el pomo, lo hizo girar y tiró de la puerta, sin mirar hacia el otro lado.

—Anda, Patty, entra y busca lo que te has olvidado —rezongó.

—Lo siento, no me he olvidado nada en esta casa, por ahora —dijo la mujer que estaba en el umbral.

Blunt respingó. Al volver la cabeza, apreció que no se trataba de la rubia que se había marchado momentos antes. Reconoció a su inesperada visitante y, por unos instantes, creyó que soñaba.

—Esto no puede ser...

—Si le parece, hablaremos mejor adentro —dijo Phyllis Spade—. No he estado esperando ahí afuera, durante horas enteras, para conversar en la puerta de su apartamento. Además —añadió con una punta de ironía—, no es correcto tener a las visitas en la calle.

Blunt se echó instantáneamente a un lado.

—Dispénseme. El asombro...

—Me lo imagino. —Phyllis cruzó el umbral, abrió el bolso y sacó tabaco. Blunt se apresuró a ofrecerle fuego con un encendedor de sobremesa y ella agradeció el gesto con un leve movimiento de cabeza—. Sí —continuó, tras la pausa—, es lógico que se sienta asombrado de verme en su casa, pero aún se asombrará más cuando conozca los motivos.

Blunt le indicó un diván cercano.

—Lamento recibirla en bata —se excusó torpemente—. Yo...

Phyllis se echó a reír, mientras cruzaba las bien torneadas piernas.

—Seguro que la rubia le ayudaba a olvidar el dolor y la frustración producidos por el despido de su empleo —dijo.

—La cita estaba ya concertada de antemano, aunque no lo crea

—refunfuñó Blunt—. Somos viejos amigos...

—Yo diría que esa amistad se ha roto, a juzgar por el portazo que dio al salir —comentó la joven irónicamente—. De todos modos, es un asunto que no debe preocuparnos a ninguno de los dos. Señor Blunt, he estado aguardando en el coche durante horas enteras, para decirle que no está despedido.

Blunt respingó.

—Si no bromea, eso podría habérmelo dicho por teléfono —contestó irritadamente.

—Calma, por favor, déjeme terminar. Está despedido oficialmente de la compañía, pero le contrato yo particularmente. Su salario será un treinta por ciento superior al que tenía, más gastos, que no le serán regateados. A decir verdad, el despido fue una acción hecha solamente para la galería, ¿comprende?

—Pudo haber dicho...

—¡No! —Atajó ella con firmeza—. No estoy segura de no tener escuchas en mi despacho. Por eso preferí que la escena, al menos en lo que a usted concernía, fuese auténtica. En esos momentos, usted no fingía, porque no podía conocer la verdad.

—Eso sí debemos admitirlo —dijo Blunt—. Pero, por favor, hablaríamos mejor tomando una taza de café, en la cocina. ¿O tiene algún inconveniente?

—¡Claro que no, hombre! —Exclamó ella, a la vez que se levantaba de un salto—. Debería habérmelo ofrecido hace mucho rato ya. No se puede imaginar el frío que he pasado en el coche.

—Lo que tiene que decirme debe de ser muy interesante, a juzgar por las horas que ha pasado ahí fuera aguardando —opinó el dueño de la casa, mientras ponía la cafetera al fuego—. A eso se podría añadir el misterio y el sigilo de su acción y... Bien, de una vez por todas, ¿puede decirme lo que le sucede, señorita Spade?

—El dinero no fue lo único que robaron —contestó Phyllis.

—Lo sé. Usted habló también de unos documentos...

—Relativamente tenían poca importancia y, además, de todos ellos hay duplicados en los registros oficiales. Pero también tenía otra cosa, y eso sí que me importa recuperar cuanto antes, señor Blunt.

—¿Qué es? Oiga, usted, en su residencia, debe de tener una caja fuerte...

—Sé lo que me va a decir, que por qué no guardé eso en mi casa. La caja fuerte está inutilizada. Hace algún tiempo, entró un ladrón y la forzó. No he mandado instalar otra.

—¿Se le llevaron mucho?

—Oh, era una caja de un sistema ya anticuado y no la utilizaba apenas. No tengo joyas de gran valor...

Blunt empezó a verter café en las tazas.

—Eso lo explica todo. Bien, ¿qué le robaron?

—Fotografías —respondió Phyllis.

Blunt volvió la cabeza. Phyllis era una hermosa joven, casi tan alta como él, delgada, pero con las curvas necesarias en los lugares adecuados. La figura no podía tener más atractivos ni podía pedírsele una mayor perfección.

—Fotografías... ¿desnudos? —Adivinó.

—Sí —respondió ella, colorada hasta la raíz del pelo.

—¿Sola o acompañada?

—Sola.

Blunt meneó la cabeza.

—No entiendo —dijo—. Usted, tan seria, tan formal... ¿Qué amigo es ése al que le permite fotografiarla en traje de Eva?

—Bueno —murmuró la joven, muy turbada—, supongo que todos cometemos algunas tonterías en la vida... Aquel día yo estaba achispada, con un par de copas de más...

—Y él se aprovechó de la ocasión entonces, en todos los sentidos —dijo Blunt intencionadamente.

—Usted no puede arrojar la primera piedra —respondió Phyllis muy picada.

—No se la arrojo, mujer; solamente estoy tratando de establecer los hechos. De modo que le hizo las fotografías...

—Sí, y conseguí los negativos, porque, en medio de todo, era un chico decente. Lo guardé todo en mi caja fuerte y de allí es de donde desaparecieron.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué conservaba usted esas fotografías? ¿Solamente por recrearse la vista de cuando en cuando? ¡Mujer, pero si se puede mirar desnuda al espejo siempre que quiera!

Phyllis se sentía ahora muy incomodada.

—La verdad es que pensaba destruirlas. Frank, mi amigo, quiero

decir, me las envió por correo en un sobre. Lo guardé en la caja y, sinceramente, aliviada ya, me olvidé por completo de ese sobre y de su contenido. Estos días pasados, usted lo sabe bien, hemos tenido una actividad muy intensa en la compañía y yo he tenido que dedicarme de lleno a solucionar problemas. De pronto, me acordé de las fotografías... Quería llevármelas a casa; son muy grandes, casi como media página de periódico, y había una docena. En casa podría haberlas quemado sin dejar rastros; en el despacho, se habría producido demasiado humo...

—¿Cómo ha dicho que se llama su amigo el fotógrafo? —La interrumpió Blunt—. ¿Frank, qué más?

—Frank Ogden, Pero él no...

—¿Quién sino él podía haber comunicado a un tercero la existencia de las fotografías?

Phyllis se mordió los labios.

—Le creía un buen amigo —se lamentó.

—Debe aprender a elegir sus amistades —dijo Blunt con dureza—. Perfectamente, dígame dónde vive y yo hablaré con él.

Phyllis le dio la dirección del fotógrafo, aficionado, según dijo. En su fuero interno, Blunt se dijo a cuántas más habría engañado el tal Frank Ogden.

Pero había algo que parecía no tener sentido.

—No, no tiene sentido entregar fotografías y negativos y luego hacer que alguien las robe —dijo, expresando en voz alta sus pensamientos.

—Eso mismo opino yo —convino Phyllis—. Y si es así, Frank ha tenido que gastarse mucho dinero en pagar al ladrón, que, indudablemente, es persona muy hábil.

—Habrà que espigar entre las amistades del tal Ogden —manifestó el ahora detective privado—. Una cosa es segura; muy pronto le van a pedir dinero, amenazándole con la publicación de las fotografías. De momento, siga la corriente al chantajista; pague, incluso, el primer plazo... pero tiene que hacer algo importantísimo: avisarme apenas sepa algo sobre el particular; a cualquier hora del día o de la noche. ¿Entendido?

Phyllis asintió.

—Así lo haré, se lo prometo —respondió.

Blunt sonrió.

—¿Más café? —sugirió.

—Ahora me siento más tranquila —suspiró la joven—. ¿Sabe?, sospecho que hay alguien interesado en quitarme el control de la empresa y piensa emplear las fotografías como palanca para conseguir su objetivo.

—En tal caso —dijo Blunt muy serio—, investigaremos también a los altos directivos y accionistas más conspicuos. Pero antes de nada, debemos empezar por Frank Ogden.

* * *

Con ojos brillantes por la satisfacción, Gillis Wheeler terminó su obra y dio un paso atrás para contemplarla y estudiar posibles defectos. Viendo que todo había quedado a la perfección, se volvió hacia *El Chino*.

—El cabronazo de Andy Stone se va a llevar un buen disgusto cuando vea lo que contiene el baúl —dijo, riendo desaforadamente.

—Sí, amo —contestó Fong, acompañando a Wheeler en las carcajadas—. Pero ¿quién se lo llevará?

—Descuida, lo hará una agencia completamente normal.

Fuera, en el exterior del almacén, uno de los negocios *legales* de Wheeler, se oyó el sonido de una bocina.

—Ya están ahí —dijo Wheeler—. Sam, escóndete; no quiero que vean tus rasgos orientales.

—Sí, amo.

Wheeler sacó un bigote postizo, de enormes dimensiones, y se lo pegó en el labio superior, completando el disfraz con unas gafas coloreadas. Luego empujó la puerta deslizante a un lado y agitó la mano en dirección a los dos operarios de mono blanco que estaban junto a la furgoneta.

—Aquí tienen el envío, muchachos —dijo.

Los operarios levantaron el baúl por las asas laterales.

—¿Qué hay aquí? —preguntó uno—. ¿Libros?

—No, un muerto —rió Wheeler—. Me estorbaba en el almacén y se lo envío a un amigo del alma.

Los transportistas rieron también.

—Los muertos siempre estorban —dijo el otro.

El baúl fue a parar a la caja de la furgoneta, que arrancó de

inmediato. Wheeler se quitó el bigote y las gafas. Fong salió de detrás de un gran cajón de embalaje.

—Antes de una hora, Stone tendrá ya el difunto. Pero si investiga y averigua que lo hemos cargado aquí...

—Eso está solucionado ya, Sam. En primer lugar, el almacén estaba a nombre de John Jones, un pseudónimo que uso yo en ocasiones. Y, en segundo, el contrato de arrendamiento termina precisamente mañana. Cuando vengan aquí, no encontrarán más que... papel higiénico en el W. C.

Fong rió la gracia de su jefe.

—Puede que tengan que utilizar todo el rollo —exclamó alborotadamente, con unas carcajadas que hacían estremecer su cuerpo de la cabeza a los pies.

Pero luego se puso serio.

—Amo, supongo que esto no impedirá que demos el golpe —añadió.

—Haremos el atraco en el día y la hora acordadas —respondió Wheeler con solemne acento.

* * *

Chester Blunt llegó ante la puerta y llamó con los nudillos. Nadie le contestó, por lo que volvió a llamar, ahora con cierta insistencia.

El silencio continuaba. A Blunt le extrañó; según le había dicho Phyllis, era una hora en la que Ogden acostumbraba a estar en su casa. De pronto, puso la mano en el pomo y lo hizo girar.

La puerta no estaba cerrada con llave. Blunt abrió y alargó el cuello.

—¡Señor Ogden! —llamó.

Persistía el silencio. La casa tenía las cortinas echadas y el interior aparecía en la penumbra. De pronto, Blunt notó un olor, todavía muy poco perceptible, pero inconfundible y repulsivo en sumo grado.

Avanzó unos cuantos pasos precipitadamente y llegó a la puerta del dormitorio. Sí, allí estaba el fotógrafo, con media docena de balas en el cuerpo. Yacía sobre la cama y la sangre, que había empapado todo, abundaba a su alrededor.

Él olor a muerto indicaba que el crimen se había producido al menos dos días antes. Si Ogden sabía quién era el autor del robo en la Spade Corp., resultaba ya indudable que se había llevado su secreto a la tumba.

Después de unos segundos de vacilación, fue al baño y buscó un frasco de colonia. Mojó un pañuelo, se lo puso ante la nariz, atando las puntas a la nuca, y empezó a registrar el apartamento.

Quince minutos más tarde, encontró una anotación, en la que figuraban dos nombres: Roy Wetterly y Greg Pine. Según pudo apreciar, Wetterly y Pine actuaban juntos en... «En lo que sea», pensó, mientras guardaba el papel en el bolsillo.

El nombre de Wetterly le sonaba, aunque no podía recordar de momento dónde lo había oído antes. Procuró borrar todas sus huellas y abandonó el apartamento.

Phyllis, se dijo, iba a llevarse un buen disgusto cuando se enterase de la muerte del fotógrafo.

CAPÍTULO III

Los focos arrojaban luz sobre la pareja desnuda, cuyas posturas eróticas variaban según las indicaciones del director de fotografía. Al terminar la sesión, el director indicó a los *actores* que podían vestirse. Luego fue a un despacho contiguo, en el que aguardaba un hombre.

—Dentro de veinticuatro horas tendrá todo listo —dijo el fotógrafo.

—¿Quedará bien? —preguntó el otro.

—Perfecto. Le va a costar un poco caro...

—No se preocupe por el dinero; preocúpese de que tenga un aspecto de autenticidad absoluta.

Un fajo de billetes voló por los aires. El visitante se puso en pie.

—Y preocúpese también de la discreción —añadió—. Si se le escapa una sola palabra, puede considerarse hombre muerto.

—Nadie sabrá nada —aseguró el fotógrafo rotundamente.

—¿Los... modelos?

—Les diré que la película tenía defectos y que, por lo tanto, no podré vender las fotografías a la revista que me las había encargado. Luego les haré posar de nuevo, pero cada uno de ellos con pareja distinta.

El visitante sonrió.

—Una solución muy acertada. Por supuesto, quiero todo, fotografías y negativos, incluyendo el material que le proporcioné. No trate de engañarme; es lo peor que podría hacer.

—Siempre soy leal en mis tratos, señor... Smith.

—Siga siéndolo y vivirá muchos años —se despidió el visitante.

El fotógrafo vaciló un momento. Luego contempló el fajo de billetes que acababa de recibir. Por un instante, pensó que *Mr.*

Smith, nombre seguramente más falso que el alma de Judas, debía de tener en perspectiva un magnífico negocio, para poder deshacerse sin demasiados remordimientos de cinco mil dólares. Pero eso no era asunto suyo.

Separó cuatro billetes de cien dólares. Daría dos a cada uno de los modelos y le quedaría un beneficio limpio de cuatro mil seiscientos.

—No está mal, por una hora de trabajo —murmuró complacidamente, mientras abandonaba el despacho en dirección al estudio.

* * *

—Resulta obvio que Frank Ogden no era el sujeto honesto que aparentaba, al menos delante de usted —dijo Blunt—. Es indudable que se fue de la lengua con respecto a las fotografías y que alguien se enteró y decidió que debían ser para él. Ogden, me imagino, sospechó quién era el autor de la distracción, debió intentar sacar tajada del asunto... y pagaron con seis balas calibre 38.

Phyllis se estremeció.

—Seis balas —repitió.

—Ni una menos —confirmó Blunt—. El asesino quiso cerciorarse de que Ogden no le delataría. Por cierto ¿no intentó hablar usted con Ogden en los dos últimos días?

—Hablé con él... —Phyllis dudó un instante y continuó:— Sí, fue el jueves, y me dijo que se iba fuera el fin de semana, pero que, en cuanto regresara, vendría a buscarme a casa. Frank juró no tener nada que ver con el robo de las fotografías...

—Y usted le creyó.

—En esos momentos, no tenía por qué dudar de él —respondió Phyllis, con acento dolorido—. Siempre me pareció un hombre digno, atento, cortés, amable, simpático...

—Vamos, sin desperdicio —comentó Blunt sarcásticamente—. No cabe la menor duda de que la engañaba, aunque luego sus sueños se evaporasen al contacto con el plomo. Pero dejemos esto por el momento. Volvamos a los ejecutivos de la empresa. El otro día, quedamos en que eran cinco los posibles sospechosos.

—Sí, y usted conoce ya los nombres.

—De todos ellos, no creo que haya ninguno capaz de obrar por sí, es decir, arriesgar dinero en esta operación. Alguien está detrás de uno de sus ejecutivos, pero me temo que va a resultar muy difícil localizarlo, al menos de una forma que podría definirse como dando la cara.

—No entiendo...

—Mire, yo no puedo ir a esos cinco hombres, uno por uno, y acusarles del robo. Todos lo negarían, y hasta alguno querría romperme la cara, ¿comprende? Por tanto, lo que debo hacer es buscar por... por la base.

—¿La base? —repitió Phyllis, intrigada.

—Sí, el tipo que perpetró el robo, por encargo de uno de sus ejecutivos. Cuando lo encuentre, podré saber quién es el culpable.

—Usted quiere decir que va a encontrar al ladrón.

—En efecto. Oiga, fotografías de mujeres desnudas se encuentran a patadas, por todas partes. Veintiocho mil dólares no es una suma capaz de tentar a un reventador de cajas fuertes, cuando conoce la perfección de los sistemas de seguridad. El que cometió el robo lo hizo teniendo la seguridad de que las alarmas no funcionarían. Bueno, que le hayan dado como recompensa el dinero que había en la caja fuerte, me parece lógico; se ahorran gastos y, de paso, compran silencio. Pero el objetivo eran las fotografías.

—Sí, voy entendiendo.

—Por tanto, buscaré al ladrón.

—Y le hará hablar.

—Aunque tenga que ponerle astillas encendidas en las uñas.

Phyllis se estremeció.

—¿Sería capaz de...? —murmuró.

—Soy capaz —contestó él, muy serio—. ¿Cree que la gente de esa clase merece compasión? Deje que encuentre al ladrón y hablará hasta por los codos.

—¿Tiene alguna pista, al menos?

Blunt pensó en Wetterly. ¿Dónde había oído el nombre antes?, volvió a preguntarse una vez más.

—Sí, tengo una pista —aseguró.

Cuando oyó los nudillos en la puerta, Andy Stone levantó los ojos del libro en que estaba haciendo unas anotaciones y emitió un gruñido de descontento.

—¿Quién diablos llama?

—Soy yo, jefe, Dan —contestó alguien—. Han traído un encargo para usted.

Stone abandonó la pluma, cerró el libro, lo guardó en un cajón de su mesa de despacho y, tras cerrarlo con llave que metió en uno de los bolsillos de su pomposo chaleco, se levantó y cruzó el despacho, que también estaba cerrado con llave.

Después de abrir, se encaró con el hombre que había llamado.

—¿Qué pasa, Cuchillo? —preguntó.

La mano de Dan Willard, alias Cuchillo Negro, porque presumía de tener ascendencia sioux, señaló el baúl que estaba en el centro de la sala.

—Para usted, jefe —dijo—. Acaban de traerlo los hombres de una agencia de transportes.

—¿Un baúl? Yo no encargué nada...

—Ya me parecía a mí, pero los empleados insistieron tanto... Quizá se trate de un error, ¿no cree?

—A ver —gruñó Stone—, dame el albarán de entrega.

Willard le dio un papel, justo en el momento en que entraban dos individuos en la estancia. Uno de ellos, Kabb Argan, alias *El Maza* le preguntó a Stone si pensaba marcharse de viaje.

—No, voy a fundar una biblioteca —contestó el interpelado, a la vez que estrujaba con la mano el albarán de entrega—. ¿A quién diablos se le ocurrirá enviarme libros? —masculló.

—Si hay alguno *porno*, avise, jefe —pidió el otro de los recién llegados, Bill Rowder.

Stone emitió una interjección en voz baja. Hizo un gesto y Willard se dispuso a abrir el baúl.

Unos segundos después, se oyó una variada colección de palabrotas. Stone no era el menos irritado.

—Es Roy Wetterly —exclamó Rowder, que había reconocido al difunto.

—Pero ¿quién diablos nos lo envía? —dijo Argan, hablando en plural, porque se daba cuenta de que la presencia del cadáver en la casa era una especie de advertencia colectiva, dirigida a todos los

miembros de la banda.

—Yo os lo diré —gruñó Stone, esforzándose por dominar su cólera—. Es cosa de Clint Coogan, que no me puede ver y quiere ponerme en un apuro. Pero Coogan no sabe todavía con quién se juega la *pasta*, quiero decir, que más le valiese no haberse metido conmigo...

—¿Cree que lo ha hecho aposta, jefe? —preguntó Rowder un tanto ingenuamente.

—Bill, no seas bestia. Si tuvieses un muerto en tu casa y te estorbara, ¿no se lo enviarías a tu peor enemigo, sabiendo, además, que no puedes llamar a la Policía?

—Eso sí es cierto, jefe —convino Rowder, rascándose la cabeza con aire de perplejidad.

—¿Debemos entender que piensa enviarle el muerto a Coogan? —inquirió Willard.

—Si a él le estorba, a mí me estorba mucho más, sobre todo si pensamos en que no he tenido arte ni parte en este asunto —contestó Stone—: Muchachos, vamos a empezar a idear algo que nos permita deshacernos de este maldito fiambre.

—Ya me estoy imaginando la cara que pondrá Coogan cuando vea que le devuelve la pelota, jefe —dijo Argan con una risita.

—Sí, será divertido —convino Stone ceñudamente. Luego murmuró—: Me pregunto por qué habrá tenido que liquidar Coogan a Wetterly. ¿No se os ocurre nada sobre el particular?

No, a los *muchachos* no se les alcanzaban las razones que hubiera podido tener Clint Coogan para despachar del mundo de los vivos a Roy Wetterly.

* * *

—Meg, tú conoces gente en cantidad —dijo Blunt—. ¿Te dice algo el nombre de Roy Wetterly?

Meg Clay, cuarentona, rolliza, de senos mantecosos y caderas redondas y exuberantes, alzó un ojo al techo y, con la mano derecha, empezó a tabalear en el mostrador tras el cual se hallaba sentada.

—Me defraudas, Chester —contestó al cabo—. Pensé que no te gustaban los hombres.

—¡Y no me gustan, diablos! ¿O es que ahora te has dedicado también a proporcionar parejas a los maricones?

—Hombre, a veces... Pero sólo en muy raras ocasiones, compromisos que una no puede eludir... Oye, tengo ahora una nueva que vale su peso en oro. El otro día la estuve observando desde mi habitación. Se llevo a dos clientes y los dejó agotados en menos de una hora. Chico, es fenomenal, algo fuera de serie..., y te la dejaría barata; cien pavos y todo el tiempo que quieras tomarte...

—Meg, yo no he venido aquí a descargar... mi conciencia —respondió Blunt de mal talante—. Estoy buscando información, y para tu tranquilidad, te diré que puedo pagarlo bien, ¿sabes?

Meg miró críticamente a su interlocutor. Le gustaba el hombre alto, fornido, ancho de hombros, de rostro más bien feo, pero terriblemente atractivo... y, por lo que sabía, resistente cuando llegaba la ocasión de meterse en la cama con una chica.

—¡Cómo me gustaría acostarme contigo! —suspiró—. De modo que quieres saber detalles de la vida y milagros de Roy Wetterly.

—Sí —confirmó Blunt, procurando armarse de paciencia.

—Es curioso —murmuró ella—. Hace un par de días que no lo veo...

—No irás a decirme que es tu cliente diario —se amoscó el joven.

—Hombre, no tanto, pero tenía que haber venido anteayer y no le he visto el pelo. Bueno, si quieres, te daré su dirección.

—Gracias, Meg. Oye, dime también si conoces a un tal Greg Pine. Por lo que he podido deducir, es amigo de Wetterly.

—¿Pine? Oh, sí, claro. Puedes encontrarlo a partir de las seis de la tarde en el Garden's.

Es su segundo hogar, aunque algunos envidiosos dicen que es el primero.

—Gracias, preciosa... Ah, oye, ¿qué aspecto tienen?

—Wetterly es más bien corriente; no destacará jamás por la calle. En cambio, Pine hace honor a su apellido. Recto como un pino y con dos metros diez de estatura. Ten cuidado; derriba con los puños un tabique y ni se entera.

—Almacenaré el dato en lo más recóndito de mi memoria —rió Blunt.

Y ya iniciaba la media vuelta, cuando Meg alzó su regordeta mano derecha:

—Te olvidas algo, Chester.

—Ah, sí...

Blunt echó mano al bolsillo y dejó sobre el mostrador cinco billetes de diez dólares.

—¿Está bien así?

—Oye, tengo una hawaiana que es miel pura... —dijo Meg, incitante. Pero Blunt se encaminaba ya hacia la puerta. Ansiaba respirar el aire contaminado de la calle, contaminado por miles y miles de automóviles. Le parecía infinitamente más limpio que el del prostíbulo, a cuya dueña había tenido que recurrir para adquirir los informes que estimaba necesarios para su tarea, sobre todo, después de haber fracasado en otros lugares.

Pero, al menos, se dijo, había dado con una buena pista. Convendría seguirla, porque así daría con el ejecutivo que había encargado el robo de la caja fuerte.

Y estos pensamientos le llevaban indefectiblemente a una pregunta inevitable: ¿Cómo se había enterado el autor del plan del robo, de la existencia de unas fotografías en la caja fuerte del despacho de Phyllis?

CAPÍTULO IV

—¿Estás seguro de que no hay nadie en la casa?

—Segurísimo, jefe. Llevo aquí desde las cuatro de la tarde. Coogan y sus chicos salieron a las cuatro y media. Aún no han vuelto.

Andy Stone hizo un gesto de asentimiento.

—Es raro, de todos modos, que no se haya quedado su fulana —dijo.

—Oh, la despidió hace un par de días y todavía no ha encontrado sustitua. Me lo dijo este mediodía Mack *el Burro*. Mack conoce muy bien a Coogan, aunque no le tiene la menor simpatía.

—Supongo que no le habrás hablado de este asunto, Bill.

—¡Qué cosas tiene, jefe! —Se ofendió Rowder—. Simplemente, charlamos de negocios... luego vimos a un par de fulanas y a mí se me ocurrió comentar que una de ellas era la de Coogan. Mack dijo que sí y añadió que Coogan le había dado el pasaporte, eso es todo.

—Muy bien, suficiente.

Stone se volvió e hizo un gesto con la mano. Argan y Willard surgieron de las tinieblas, llevando en brazos el inerte cuerpo de Roy Wetterly.

—¿Dónde lo dejamos, jefe? —consultó Argan.

Rowder había levantado ya el bastidor de una de las ventanas, contigua a la puerta. Luego pasó a través del hueco y tendió los brazos hacia sus compinches, a fin de ayudarles a entrar el muerto en la casa.

Momentos después, el cadáver de Wetterly quedaba instalado en un sillón de orejas, justo frente a la puerta de entrada. Terminada la operación, Rowder soltó una risita:

—Será lo primero que vea Coogan al entrar —dijo—. Resultará

divertido, ¿no, jefe?

—Sí, pero conviene que nos larguemos cuanto antes. Ya nos hemos quitado ese estorbo de encima, así que vámonos.

Rowder fue el último en salir. Antes de bajar de nuevo el bastidor de la ventana, exclamó:

—¡Que aproveche, Coogan!

* * *

Meg tenía razón. Pine hacía honor al apellido. Al verle, Blunt, que no era precisamente un tipo bajo, pensó que sería cosa de mostrarse sumamente prudente, a fin de no excitar la cólera de un tipo que derribaba los tabiques a puñetazos.

La diferencia de estatura entre los dos nombres alcanzaba casi a los treinta centímetros. Blunt pidió un vaso, pero no tocó su contenido; el licor podía resultarle más útil como arma arrojadiza que para confortar su estómago.

—Usted es Pine —dijo.

El gigante se volvió. Contrariamente a lo que hubiera podido pensarse en un principio, era muy esbelto y no ofrecía los síntomas de pesadez propios en un hombre de su estatura. Ello lo hacía doblemente peligroso, pensó Blunt.

—Sí, así me llamo —confirmó el sujeto—. ¿Quién es usted, amigo?

—Chester Blunt y le invito a una copa de lo que guste.

—Nadie invita jamás sin un fin determinado. Yo a usted no le conozco. ¿Por qué quiere pagarme una copa?

—Porque deseo que me hable de Roy Wetterly, Greg.

Sobrevino un instante de silencio. De pronto, los ojos de Pine emitieron un vivo chispazo.

Blunt adivinó la inminencia de su ataque. Pine disparó el puño derecho, pero falló. Blunt se dijo que el próximo golpe alcanzaría su objetivo, y, con la mano derecha, arrojó el *whisky* a los ojos del gigante.

Pine emitió un sonoro mugido, a la vez que, olvidado de todo, se dedicaba a ocuparse de sus ojos escocidos. Blunt no le dejó reaccionar y, malignamente, golpeó las espinillas de las piernas del gigante con las punteras de sus zapatos, en sendos y rapidísimos

puntapiés, que acabaron por desmoralizar en unos segundos al sujeto.

El dueño del bar intentó protestar.

—Eh, oigan, si tienen ganas de discutir, váyanse de aquí...

—Cierre el pico —cortó Blunt abruptamente. Lanzó un par de billetes sobre el mostrador—. Invite a esos gánzapiros que están mirándonos como tontos y ocúpese de que nadie nos moleste.

—Está bien, amigo; siendo así...

Blunt agarró a Pine por un brazo y lo empujó hacia un rincón del bar. «Es pura fachada. No niego que pueda romper tabiques a puñetazos, pero lo hará cuando esté seguro de que no le va a pasar nada», pensó.

Pine se sentó en una silla. Blunt lo hizo en la mesa, casi frente al sujeto y dominándole ligeramente en altura.

—Lo que te ha pasado no es sino una pequeña muestra de lo que puede sucederte si no te muestras dispuesto a colaborar —empezó severamente su pequeño discurso—. Tengo la viva sospecha de que Roy Wetterly cometió un robo hace pocos días en las oficinas de la Spade Corporation y que tú sabes algo al respecto. He estado en su casa para hablar con él y no lo he encontrado. ¿Puedes decirme dónde está?

—No lo sé. Hace también varios días que no le veo... Pero ¿quién diablos es usted?

—Aunque mi nombre no te dirá nada, me llamo Blunt. ¿Qué me cuentas del robo, Greg?

Pine remoloneó un poco.

—A fin de cuentas, me huelo que usted es un privado y no uno de la *poli*, de modo que, como no hay pruebas, no tengo inconveniente en hablar. Sí, Roy realizó el robo. Yo, simplemente, me limité a conducir el coche. No entré en el edificio; me quedé en la esquina Sur.

—Roy podía haber ido solo, ¿no?

—Bueno, él dijo que me necesitaba para que vigilase la entrada, por si veía a alguien sospechoso. Teníamos unos transmisores de radio y podíamos comunicarnos sin dificultad, eso es todo.

—No, no es todo. ¿Qué pasó después?

—Roy salió del edificio. Llevaba una bolsa de lona en la mano. Me dio doscientos dólares. Luego me dijo que me apease y que

buscara un taxi. Fue la última vez que le vi.

—Doscientos dólares... ¿Es muy amigo tuyo?

—Bastante.

—No lo es. Te engañó miserablemente. Aparte de unos documentos de importancia, Roy se llevó veintiocho mil dólares en billetes.

Pine lanzó una obscena maldición.

—Él sólo mencionó los documentos —dijo—. Cuando le ponga la mano encima, se va a tragar todos sus dientes, créame.

—Puedes conseguirlo si me ayudas a localizarlo.

—Si se llevó tanto dinero, habrá levantado el vuelo y vaya a saber ahora dónde está —gruñó Pine.

—Procura averiguarlo. —Blunt dejó una tarjeta de visita encima de la mesa—. Ahí está mi dirección. El teléfono tiene grabadora automática.

—Lo tendré en cuenta, señor Blunt.

—Ah, otra cosa. ¿Has oído hablar alguna vez de Frank Ogden?

—Apareció con seis balas en el cuerpo.

—Sí. ¿Qué me cuentas del tipo?

Pine meneó la cabeza.

—Supe su nombre por primera vez cuando leí el periódico en el que se relataba el suceso —contestó.

«Es sincero», pensó Blunt.

Y se puso en pie.

—Confío en tu ayuda —se despidió, tras dejar revolotear un billete de veinte dólares. «¿Dónde se habrá metido el cerdo de Wetterly?», pensó, mientras se encaminaba hacia la salida.

* * *

Cuando llegó a su casa, ya entrada la noche, creyó encontrar algo que no marchaba correctamente.

Estaba seguro de haber cerrado con llave al salir. Ahora, sin embargo, la puerta podía abrirse sin más que hacer girar el pomo. ¿Había entrado alguien en su ausencia?

Por precaución, abrió muy lentamente. Pero no había ninguna trampa, como había sospechado en un principio. Ello no excluía que la trampa pudiera estar en otro lugar de la casa. Sacó el encendedor

y comprobó el interruptor situado junto a la puerta. No, allí no había nada anormal.

Encendió la luz y se aflojó el nudo de la corbata. Buscó una botella, llenó una copa y tomó un sorbo. Luego se encaminó al cuarto de baño.

Junto a la puerta divisó una pequeña mancha que le hizo recelar en el acto. Se arrodilló; era una mezcla pastosa de tierra y césped machacado. El intruso, dedujo, había cruzado el jardín, en lugar de llegar por el sendero central enlosado. Había una zona muy en sombras, ideal para el acercamiento sin ser visto desde la avenida, cuya acera estaba escasamente a quince metros de la entrada del edificio.

Se enderezó lentamente e hizo girar el pomo milímetro a milímetro. Al empujar la puerta con infinito cuidado, pudo ver el cable que se tensaba.

Meditó unos momentos. Aquel cable, dedujo, estaba conectado a algún explosivo, que deflagraría por simple fricción. Tal vez una granada de mano.

Sí, era una granada de mano, lo comprobó un minuto más tarde, tras haber cortado el cable con ayuda de unas recias tijeras de jardinero, pasadas por la ranura. La granada, además, estaba oculta por la taza del inodoro, que se habría convertido en una lluvia de metralla al producirse la explosión. En tal lugar, le habría costado más tiempo verla y no habría tenido tiempo de escapar una vez puesto en marcha el sistema explosivo.

La bomba saltó en su mano. Muy pensativo se dijo que alguien conocía ya su intervención en el caso. ¿Le temían?

Porque si no era así, no se comprendía que quisieran quitarle de en medio. Y ello significaba una de dos posibilidades: o Phyllis había comunicado a alguien sus prepositos o ese alguien, quienquiera que fuese, seguía el menor de los pasos de la joven.

Al cabo de unos segundos, se acercó a la ventana. Fuera, junto a la acera, divisó un coche parado. Primeramente pensó que estaba estacionado y su dueño en la cama, pero no tardó en darse cuenta de que había un hombre agazapado en el asiento. El tipo quería pasar desapercibido, pero, forzosamente, tenía que asomar los ojos por encima del borde de la ventanilla, para vigilar la casa.

Volvió al interior, se desvistió y se puso el pijama y la bata,

además de las zapatillas. Las luces de la parte delantera habían sido ya apagadas. Blunt especuló con los pensamientos del tipo. Seguramente calculaba que ahora iría al baño, antes de acostarse. En cuanto oyera el estampido, saldría disparado...

Debía de ser, sin duda, un asesino pagado, alguien que cobraba por matar y que, con toda seguridad, desconocía incluso la identidad de su cliente. Era inútil tratar de entablar una conversación. Lo mejor era darle un buen susto.

Salió por la parte trasera. Situado en la parte más oscura, arrancó la anilla de la bomba y arrojó ésta, de modo que cayese sobre el césped y siguiera rodando hasta las inmediaciones de la zaga del coche. La penumbra del lugar se vio rota bruscamente por un vivo fogonazo anaranjado, seguido de una espantosa detonación.

Parte de los cristales del coche volaron en pedazos. El conductor se sobresaltó terriblemente, pero su estado de ánimo duró sólo un instante. Dio el contacto y arrancó, como perseguido por cien legiones de diablos. Era curioso, se dijo Blunt, la metralla de la bomba no había reventado ninguno de los neumáticos del coche. Pero en la parte trasera habría señales de la explosión. Lo tendría en cuenta.

* * *

—¿A quién dijo usted que mi despido no era sino pura apariencia?

Phyllis se agitó al oír aquella pregunta. Parte del licor que se disponía a servir en la copa de su nocturno visitante, se derramó sobre la mesa.

—¿Por qué me lo pregunta? —quiso saber.

Blunt enseñó su muñeca izquierda.

—Son las doce y media de la noche, una hora muy poco apropiada para las visitas. Hace algo más de una hora, alguien puso una bomba de mano en mi casa...

Blunt explicó sucintamente lo ocurrido. Phyllis se sentía asombrada y consternada a un tiempo.

—Por fortuna, me había desvestido antes, de modo que la policía tomó mis excusas sin la menor duda. Dije que me había despertado al oír la explosión y que no tenía la menor idea de lo

que podía haber pasado —concluyó.

—Entonces, han querido asesinarle.

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Aún no ha contestado a mi primera pregunta —dijo él.

—No, nadie lo sabe —respondió Phyllis—. Sólo usted y yo estamos enterados de la realidad de las cosas.

—Está equivocada —aseguró Blunt—. Alguien sabe que yo trabajo para usted. Trate de averiguar algo, pero con la máxima discreción. ¿Sabía alguno de los directivos que había fotografías, tuyas en la caja fuerte?

—Yo no se lo dije, a nadie, señor Blunt —dijo ella rotundamente.

—Entonces, ese individuo se enteró por otros conductos, tal vez por el propio Frank Ogden.

—Nunca creí que fuese capaz de traicionarme... —murmuró la joven con acento de verdadera pesadumbre.

—Pues lo hizo, pero jugó mal sus cartas y sus cálculos resultaron completamente errados. Si pensaba tomar parte en el juego y sacar una buena tajada, debió haber estudiado antes muy bien a su *partner*. Entonces, habría sabido que no le convenía esa asociación y se habría evitado el aumento de peso que suponen seis onzas de plomo.

Blunt apuró su copa y se puso en pie.

—¿Todavía no ha recibido ningún mensaje que mencione las fotografías?

—Cuando eso suceda, usted será el primero en enterarse —afirmó Phyllis.

—Pero nadie más.

—Nadie más, señor Blunt.

El joven se despidió con una ligera sonrisa. Luego, y aunque la perspectiva no le gustaba demasiado, se fue a visitar a Meg Clay.

—Pero no vengo a buscar jarana, sino por otra cosa —dijo, después de las primeras palabras de saludo. Dejó cien dólares sobre el mostrador—. Hoy ha estallado una bomba de mano. La explosión se ha producido cerca de un coche de color oscuro, largo y de hace tres años. Tendrá metralla en el lado izquierdo, hacia la zaga, y también en el frontis del maletero. Avísame cuando sepas en qué

taller lo están reparando. ¿Entendido?

—¿Quién ha tirado la bomba, Chester? —preguntó Meg.

—Cayó de un séptimo piso —respondió Blunt con irónica sonrisa.

CAPÍTULO V

Clint Coogan fue el primero en abrir la puerta. Satisfecho, de excelente humor por el buen resultado de las *operaciones* de la noche, se mostraba en la mejor disposición de ánimo. Hacía poco que se había puesto un grueso habano en la boca y saboreaba el humo con placer pocas veces sentido.

Detrás de él estaban Ernie Farrow y Alf Devon, sus secuaces de más confianza. Farrow llevaba en la mano un maletín, repleto de dinero, Devon tenía su mano derecha en el interior de la chaqueta.

En el momento de abrir la puerta, Coogan vio a Devon y se echó a reír.

—Deja ya la artillería, Alf; no hay peligro de ninguna clase.

—Sí, jefe, como usted diga.

Coogan empujó la puerta y dio la luz. Entonces se quedó como clavado en el suelo, con la boca estúpidamente abierta y los ojos dilatados por el asombro. Su mente se negaba a creer en las imágenes que le enviaban las retinas.

Tras él, sus secuaces lanzaron sendas exclamaciones. No obstante, Coogan fue el primero en reaccionar y cerró de un portazo.

—Tenemos que deshacernos de ese fiambre —dijo, recobrando la serenidad rápidamente—. No sé quién es el autor de la broma, pero como lo encuentre, creedme, va a olvidar lo que es reír mientras viva. —Y, brutalmente, sin ninguna consideración hacia el remitente del envío, añadió un nada delicado apostrofe—. ¡Podía habérselo metido en la cama a su puta madre!

Se cambió el puro de lado en la boca y avanzó un par de pasos hacia el sillón.

—Pero ¡si es Roy Wetterly! —exclamó.

—¡Wetterly! —repitieron los dos esbirros al unísono.

—Sí, el mismo. Ese tipo metió las narices donde no debía y alguien juzgó conveniente enviarlo al otro barrio. Pero también pensó que resultaría muy divertido cargarme con el muerto... ¡El grandísimo hijo de puta! ¡Cómo me gustaría tenerle a mano, para cortarle los huevos! ¡Os aseguro que no iba a gastar a nadie más otra broma semejante...!

Coogan sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Aquí este muerto nos estorba —concluyó momentáneamente.

—Si supiéramos quién nos lo envió, podríamos devolvérselo —sugirió Farrow.

Coogan se volvió hacia su secuaz, mirándole con ojos muy brillantes.

—Oye, has tenido una idea maravillosa —dijo—. Sí, devolver el envío... Alguien se lo quitó de en medio porque le estorbaba...

—Un muerto siempre es un estorbo, jefe —dijo Devon entre risita y risita.

Los dedos de Coogan chasquearon súbitamente.

—¡Ya está! —exclamó—. Ya sé quién es el que liquidó a Wetterly.

—¿Sí, jefe? —dijo Farrow.

—Le hizo algunos trabajitos —continuó Coogan pensativamente—. Con toda seguridad, Wetterly debió de pensar que lo que le pagaban era poco y pidió más, amenazando con chivarse a los polis si no accedían a sus pretensiones.

—Y la respuesta fue un disparo encima del ojo derecho —murmuró Devon—. Pero ¿quién?

—No puede ser más que una persona, y si el muerto le estorba, que se lo coma con patatas —respondió Coogan—. Antes de veinticuatro horas, Vito Ligure va a saber quién es el hijo de mi mamá, os lo aseguro.

* * *

Llamaron a la puerta y cuando ya se disponía a abrir, sonó el timbre del teléfono. Blunt optó por ver primero quién llamaba a su casa, abrió y divisó un rostro conocido, cuya presencia allí le hizo sentir una enorme sorpresa.

—Perdón, señor Gordon —dijo—. El teléfono... Entre y acomódese a su gusto.

—Sí, gracias, Chester —contestó el visitante, hombre de mediana edad, casi calvo, aspecto atildado y mesurados ademanes.

Mientras el dueño de la casa se acercaba al teléfono, George K. Gordon, uno de los ejecutivos de la Spade Corporation, sacó tabaco y se puso un cigarrillo en los labios. Blunt tenía ya el auricular dispuesto.

—Hola —dijo una voz desconocida—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Quién es usted? —preguntó Blunt.

—No importa. De todos modos, no me conoce, salvo por los hechos. ¿Recuerda la bomba?

Blunt se puso rígido.

—Siga —dijo.

—Me han pagado, y bien, por enviarle al infierno. Fallé una vez, pero no fallaré la próxima. Simplemente, quiero que lo sepa, Blunt.

Sonó un click. Blunt contempló el teléfono un instante, muy serio, y luego volvió el rostro hacia su visitante.

—¿Malas noticias, Chester? —preguntó Blunt.

—No, no tenía importancia... ¿Puedo servirle en algo? Oh, pero, primero, permita que le ofrezca de beber...

Gordon alzó una mano.

—Se lo agradezco, pero no es mi hora —manifestó, sonriendo afablemente—. Además, voy a ser muy breve, amigo Chester. Sólo quiero decirle que considero su despido como una enorme injusticia. Me gustaría repararla, pero, desgraciadamente, no tengo poder decisorio en este aspecto. Hay algunos puestos cuya ocupación o vacante depende únicamente de la directora general de la empresa, la señorita Spade, como usted sabe. Pero sigo pensando que no estuvo bien.

—Yo no supe estar a la altura de las circunstancias —dijo Blunt, sonriendo débilmente.

—Ésas son cosas que pueden pasarle a cualquiera. De todos modos, pasaba casualmente cerca de su casa y quise expresarle mi simpatía. Además, le diré que estoy pensando seriamente en fundar mi propia empresa. Si mis planes se llevan a cabo, le llamaré para que ocupe el puesto de jefe de seguridad.

—Se lo agradezco infinitamente, señor Gordon...

El visitante se encaminó hacia la puerta.

—La culpa no fue suya, ni mucho menos. Créame, yo confío plenamente en usted..., aunque, por desgracia, no pueda hacer más. Adiós, Chester.

—Adiós, señor Gordon.

«Al menos, hay alguien que cree que no eres un inútil», se dijo Blunt al quedarse solo. Claro que ello ya lo había pensado antes Phyllis Spade, pero resultaba consolador que alguien siguiera apreciando su honestidad y competencia profesionales.

Luego recordó la misteriosa llamada y se sintió preocupado.

Sí, había alguien dispuesto a borrarle del mundo de los vivos, pero ¿quién era? ¿Bajo qué identidad se escondía?

Para quitarse en parte los pensamientos lúgubres de la mente, llamó a Phyllis.

—¿Está sola? —preguntó.

—En este momento, sí. ¿Qué sucede, señor Blunt?

—Es cierto. Hay un asesino dispuesto a quitarme de en medio.

Phyllis sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Hace unos minutos, he hablado con él. Me ha llamado a casa, para anunciarme que proseguirá en sus esfuerzos para asesinarme.

—¡Llame a la policía, Chester! —exclamó ella impulsivamente.

—¿De veras lo desea?

La joven guardó silencio un instante.

—No... no querría publicidad sobre el asunto, pero si... pero si es ne... necesario...

—Me arreglaré sin la ayuda de la policía. A propósito, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, desde luego.

—¿Ha oído hablar alguna vez a George Gordon de fundar su propia empresa?

—Sí, se lo escuché hace un par de semanas, aunque no le di ninguna importancia. De todas maneras, es un hombre muy inteligente y con una vista magnífica para los negocios. ¿Por qué me pregunta eso, Chester?

—Ha estado en casa, para expresarme su simpatía. Dice que mi despido fue una injusticia.

—Oiga, no le habrá dicho que yo...

—Calma —sonrió Blunt—. ¿Me toma por un chiquillo de pocos años? De todos modos, conforta saber que hay personas que piensan todavía bien de uno.

—Yo siempre pensé bien, a pesar de las apariencias —aseguró la joven.

—Gracias. ¿No ha tenido aún noticias del chantajista?

—No, todavía no.

—Avísame en cuanto sepa algo.

—Descuide.

Blunt volvió el teléfono a la horquilla y encendió un cigarrillo. ¿Cómo podría forzar al asesino a que declarase el nombre de la persona que le había pagado por matarlo?

Sabía cómo encontrarle, aunque todavía era pronto para ello. También se imaginaba que el asesino no le daría, en el mejor de los casos, sino un nombre falso. Era lógico pensar que la persona que lo había contratado no usara su nombre verdadero, pero se habrían visto en alguna ocasión y ello podría servirle para conseguir detalles personales, que podían llevarle a una satisfactoria identificación.

¿Y si el *contrato* se había efectuado por teléfono?

Repentinamente disgustado, sintió que el tabaco le sabía muy amargo y tiró el cigarrillo a un cenicero.

* * *

El teléfono sonó bruscamente. Todavía sumido en la profunda niebla del sueño, Blunt alargó una mano y descolgó el aparato.

—Blunt —dijo con voz torpe.

—Hola, madrugador —saludó alguien sarcásticamente—. Parece que te dedicas a la buena vida, ¿eh? Tan joven y ya apoltronado como un sultán...

—Meg, ¿me has despertado solamente para hacerme reproches?

—No, hombre, claro que no. A fin de cuentas, tu vida es tuya y si a las once de la mañana te gusta estar en la cama, no voy a ser yo quien te saque de ella. Aunque si pudiera, lo haría para traerte a la mía.

—Te defraudaría. Soy muy flojo.

—Eres un chico modesto —rió ella—. Hablé con Peggy *el Volcán Bípodo*. Dijo que tú habías apagado sus ardores para el resto de sus

días y que, a partir del momento en que estuvisteis juntos, ya no quería saber nada más del sexo y sus derivados.

—Los derivados serían cosa de ella —replicó Blunt—. Yo sólo me ocupé de... de lo que debía ser y nada más. Pero si Peggy abomina del sexo, ¿qué harán las demás?

Meg se echó a reír.

—Es broma —contestó—. Lo que sucede es que Peggy anda llorándote por los rincones y llamándote a voz en cuello... Se rasga las vestiduras y se arroja cenizas por el cabello...

—¿Hizo lo mismo cuando la dejó Burt *el Mula*? —preguntó Blunt áridamente—. Oye, además, ¿qué cojones tenemos que hablar tú y yo de esa sifilítica? Peggy ya no me importa en absoluto, ¿te enteras? Así que si te ha buscado para intermediaria, pierde el tiempo.

—No te enfades, hombre. Yo sólo quería echarle una manita. En medio de todo, es una buena chica. Y creo que... Pero, bueno, ya sé que todo es inútil...

Blunt suspiró resignadamente. Meses atrás, había sostenido un tórrido romance con Peggy Coleman. La relación se había roto cuando se enteró que no sólo había sido la amante de un notorio hampón, sino que todavía seguía coqueteando con él.

Aún más; abrigaba la sospecha de que era el propio Burt *el Mula*, quien había facilitado el romance, a fin de hacer bajar la guardia de Blunt y conseguir ciertos informes sobre el interior del edificio de la Spade Corp. Blunt no había soltado prenda en ningún momento, ni siquiera en los más culminantes, y cuando un día vio a Peggy hablando con Burt, empezó a recelar. Un hábil y discreto interrogatorio le vino a abrir los ojos del todo y ahí se había acabado el romance.

De pronto, recordó ciertos informes que había recibido en una ocasión: Cuando se terciaba, y la paga era buena, Burt Keylee, alias *el Mula*, también se convertía en asesino profesional.

Nunca había hablado con él, por lo que no podía asegurar que la voz del asesino fuese la de *El Mula*. Pero era una posibilidad digna de ser tenida en cuenta.

Meg continuaba hablando:

—De todos modos, si te pones en ese plan, procuraré hablar con Peggy y convencerla de que te olvide definitivamente.

—Sí, preciosa, anda, díselo. ¿Eso era todo?

—¡Oh, pero, qué tonta...! Lo había olvidado ya... ¿Sabes?, el coche de la bomba está en el taller.

—Me lo imagino. En un taller —dijo Blunt sarcásticamente.

—Sí, un taller... Stockton Repairs, Holymount, doscientos.

—Gracias, guapa.

—No exageres —rió Meg—. Podrías haberme dicho vaca; es lo más apropiado para mí.

—Comes demasiado y te atiborras de bombones. Sustituye el cordero asado por las espinacas y los bombones por la lechuga. En un mes, tendrás un delicioso aspecto de sílfide... y a mí en tu cama.

—Oye, pues no está mal pensado. Puede que siga tu consejo, Chester.

—Es lo mejor, sobre todo, para liberar de grasas el corazón. Piénsalo bien, encanto.

—Descuida. Ah, el encargado de Stockton Repairs se llama Pete Grant y es un buen amigo mío. Cítale mi nombre.

—Lo haré.

CAPÍTULO VI

Ernie Farrow abrió el pequeño cobertizo situado en la parte posterior de la casa y arrugó la nariz.

—Este muerto empieza a apestar —dijo.

—No pretenderás que huelan a rosas —contestó Devon sarcásticamente—. Y da gracias que no estamos en pleno verano, si no, aquí no habría quien parase.

Farrow contempló el cadáver con la boca torcida. La cara de Wetterly estaba ya amarilla y sus ojos habían perdido por completo el brillo de la vida.

—Dentro de un par de días, no habrá quien pare a veinte metros de distancia —comentó lúgubrememente.

—Dejemos ese problema para Ligore y los suyos, ¿quieres? Ernie, lo mejor será que demos, comienzo al trabajo. Anda, tiéndelo en el suelo.

El cadáver estaba todavía en el sillón en que había sido encontrado, ya que Coogan había jurado que no volvería a usarlo jamás. Incluso añadió que lo mejor que se podía hacer con el mueble era reducirlo a astillas y pegarle fuego después.

Por el momento, sin embargo, el problema más acuciante era deshacerse del cadáver. Tras mucho reflexionar, Coogan creía haber encontrado la solución para devolver la pelota.

El cuerpo de Wetterly quedó tendido sobre una lona, previamente extendida sobre el suelo. A continuación, Farrow y Devon envolvieron el cadáver y sujetaron la lona con unas cuantas vueltas de cuerda fina y sólida. Finalmente, lo colocaron en una caja alargada, que había contenido en un principio herramientas agrícolas.

A continuación, y jurando y renegando entre dientes por tener

que hacer un trabajo para el que no estaban habituados, llevaron la caja hasta una furgoneta cuya zaga estaba situada frente a la entrada posterior de la casa. En los costados de la furgoneta había un rótulo altamente significativo: Suministros y Provisiones Ligure.

La furgoneta había sido robada por otro de los secuaces de Coogan, un tipo capaz de llevarse cualquier coche y dejar al conductor sentado en el asfalto, antes de que se enterase de lo que sucedía. El ladrón, sin embargo, no era digno de saber más detalles, por lo que había sido despachado apenas cumplido el objetivo. Ahora eran Farrow y Devon quienes se iban a encargar de devolver la pelota.

Quando arrancaban, Farrow, que era el conductor, se echó a reír.

—Será divertido —dijo.

—¿Qué será divertido? —preguntó Devon, que no le encontraba ninguna gracia al asunto.

—Lo que llevamos ahí detrás, hombre. ¿O es que no has sabido ver la gracia del caso?

—Pues si quieres que te sea sincero, no. Lo único que quiero es terminar cuanto antes... y procurando que no nos vean los chicos de Ligure. Tienen muy malas pulgas y son aficionados a afeitar a la gente, sin jabón ni brocha.

—Bah, cuchillos —dijo Farrow despectivamente—. Donde esté un buen treinta y ocho... Bueno, lo que quería decirte es que Ligure se dedica al reparto de provisiones a los restaurantes y casas de comidas. ¿A quién le tocará este pedazo de carne que llevamos detrás?

Por fin, Devon comprendió la ironía del asunto y se echó a reír.

—Pueden cortarle una pierna y ponerla en la olla. ¡Daré mucho sabor al caldo, seguro! —exclamó, riendo ruidosamente.

* * *

El hombre tenía medio cuerpo metido dentro del motor del automóvil y se irguió al oír la voz de alguien que preguntaba por el encargado.

—Si busca trabajo, pierde el tiempo, hermano. Estamos en crisis y no hay empleos para nadie —dijo el mecánico malhumoradamente.

Blunt le dirigió una mirada penetrante. Se había ataviado adecuadamente para la ocasión: tejanos, zapatillas deportivas, camisa a cuadros, abierto el cuello, y cazadora de sarga. Sí, cualquiera podía tomarle por un parado en busca de trabajo.

El tipo aquel era un chulillo, pensó. Decidió que lo mejor era bajarle los humos.

—Si buscase empleo, me bastaría con pegarle una patada en los huevos. Le iban a tener un año en el hospital, créame —dijo—. Antes le hablé educadamente y lo menos que se puede esperar es una respuesta adecuada. Pero si tiene ganas de gresca...

—Está bien, está bien, hombre. Uno tiene derecho a equivocarse, ¿verdad? —Se disculpó el mecánico—. Grant está allí, hablando con aquel tipo del traje azul.

—Gracias. Siga, siga, muchacho.

Detrás de Blunt sonó una maldición. El joven pensó que a su madre no podía afectarle el apostrofe. Estaba muy lejos, allá arriba, en Oregón.

El hombre del traje azul se marchó. Blunt se acercó al encargado del taller.

—Hola —saludó.

—Dígame, señor...

—Me llamo Chester Blunt. Meg Clay me recomendó a usted, señor Grant.

—Una mujer excelente —manifestó—. ¿En qué puedo servirle?

—Me interesa un coche azul oscuro o negro, modelo de hace tres años, no estoy seguro si Ford o Chevrolet. Pero en el lado trasero izquierdo tiene, o tenía, unos cuantos agujeros irregulares.

Los ojos de Grant chispearon en el acto.

—Dijo que era ingeniero y que un barreno había explotado prematuramente y muy cerca de su coche.

—¿De veras? —sonrió Blunt.

Grant movió la barbilla, en dirección a un punto del taller.

—Aquél —señaló—. Vendrá a buscarlo hoy mismo. Ya lo tiene listo.

—Un trabajo rápido —alabó el joven.

—Tenía mucho interés. Dijo que debía salir pronto de viaje... y añadió una prima extra de cien dólares. ¿Quién se resiste? —rió Grant.

—Nadie, en efecto. —Blunt se tocó la sien con un dedo—. Gracias, amigo.

—De nada, ha sido un placer.

Blunt dio media vuelta y regresó a su automóvil, estacionado al otro lado de la amplia avenida donde se hallaba instalado el taller. Había muchos solares sin edificar y estructuras de fábricas. No lejos de aquel lugar, una chimenea enviaba sus humos al aire.

Consultó el reloj. Eran poco más de las doce. El asesino no tardaría en venir a buscar su coche.

Pero de pronto, reparó en algo que le había pasado desapercibido. Su coche era un deportivo, descapotable, de color verde muy vivo. En cuanto se situara a la zaga del otro, su conductor descubriría que era seguido. Esto podía conducirle al fracaso.

Meditó unos instantes. En aquel momento, Grant y sus operarios abandonaban el taller.

A cincuenta pasos había un bar. Blunt adivinó lo que sucedía. Los mecánicos se disponían a almorzar. Esperó a que hubieran desaparecido en el interior del local y abandonó su coche.

Sin embargo, antes de entrar en el taller, se asomó cautelosamente. Algún operario podía haberse quedado para acabar alguna tarea especialmente urgente. Por fortuna, no era así. Tranquilo al respecto, Blunt avanzó hacia el coche del asesino, sorteando los diversos obstáculos que le salían al paso.

Cuando se tendió en el suelo, en la parte posterior, empezó a pensar en la cara que pondría el sujeto al verse sorprendido por el hombre a quien esperaba sorprender mortíferamente.

* * *

Por encima del ruido de los trabajos que se realizaban, Blunt oyó voces en las inmediaciones del coche. Alguien protestó de lo exagerado de la factura. Grant se defendió, diciendo que había dado de lado otras reparaciones, para dejar el vehículo en condiciones y con la mayor rapidez posible.

—Y si no paga, no le daré las llaves —exclamó Grant enojosamente—. Puede denunciarme a la policía...

—No, diablos, dejémoslo estar. Pero, en lo sucesivo, me buscaré

otro taller más barato.

—Sí, de esos que arreglan los cables de los frenos rotos con goma de mascar —respondió Grant, sarcástico.

Tendido en su escondite, Blunt oyó el ruido de la portezuela al abrirse. Luego percibió el leve balanceo causado por el peso del conductor, al ocupar su asiento. Después, sonó el motor.

El coche salió lentamente del taller. Luego, al hallarse en terreno libre, aceleró.

Blunt seguía en su puesto, sin dar señales de vida. La sorpresa, se dijo, debía ser factor fundamental cuando se enfrentase con el asesino. Se preguntó si viviría muy lejos del taller.

Un cuarto de hora más tarde, el coche se detuvo sorprendentemente.

Blunt se desconcertó. Había mirado poco antes por la ventanilla, cuidando de no ser visto por el conductor, y se daba cuenta de que estaba en un paraje poco menos que desierto. Al asomarse de nuevo, con los ojos a ras del borde de la ventanilla, vio a un tipo que se alejaba rápidamente en dirección a la ciudad.

Miró hacia el tablero. Las llaves del coche estaban puestas. Entonces comprendió la astucia del asesino.

Le había parecido demasiado arriesgado llevar y recoger el coche personalmente. Sin duda, tenía un amigo al cual había encomendado la tarea. Ello explicaba las protestas del sujeto, que había encontrado demasiado elevado el importe de la reparación. El hombre quería haberse quedado con unos cuantos dólares, pero sus deseos se habían visto frustrados por la inflexibilidad de Pete Grant.

Reflexionó unos instantes. A trescientos metros, divisó una cabina telefónica. El hombre que había recogido el coche, entró en ella.

Blunt sonrió, mientras volvía a dejarse caer en el suelo nuevamente. Ahora, el hombre avisaría al asesino y éste vendría a recoger el coche sin demasiada tardanza. Valía la pena esperar en aquella poco cómoda postura.

* * *

De pronto, se oyó el chasquido de la puerta.

Blunt reaccionó. Se había dormido sin darse cuenta, aburrido de

la espera que, por lo que pudo apreciar mediante una mirada al reloj, había sido más larga de lo calculado. Ya anochecía.

El motor del automóvil roncó. Blunt permaneció en la misma posición. El conductor encendió las luces y arrancó.

Parecía muy satisfecho de la vida, porque puso la radio en funcionamiento. Una música estridente brotó inmediatamente de los altavoces. El conductor siguió el compás, con los dedos golpeando sobre el tablero.

«Debe de dar gusto vivir matando a la gente. Total, un golpe de cuando en cuando, unos miles de dólares en el bolsillo... ¡y viva la buena vida!», pensó Blunt, conteniendo difícilmente las ganas que sentía de saltar al cuello del asesino y apretar hasta cortarle el resuello definitivamente.

Media hora más tarde, el coche se paró. Blunt percibió los chasquidos lógicos en las circunstancias. Luego notó el balanceo promovido por la falta repentina del peso que suponía el cuerpo del conductor.

Ya era completamente de noche. Blunt se arriesgó a asomar la cabeza. Un hombre caminaba hacia el edificio de apartamentos situado a unos veinte pasos de distancia.

El coche había quedado junto a la acera. El edificio era alargado, de tres plantas, con terrazas corridas, cuyas puertas daban a los distintos apartamentos. Había varias escaleras en voladizo que permitían el acceso directo a cada planta. Se trataba de una construcción más bien corriente. El arquitecto no había consumido muchas aspirinas por los dolores de cabeza que no había tenido al planear un edificio de características más bien vulgares.

Pero, por otra parte, era el lugar ideal para vivir sin destacar. El coche era también corriente, un modelo ya pasado, lo que, a los ojos de la gente, podía corresponder a un hombre con un empleo normal, sin demasiadas pretensiones.

«Ideal para enmascarar la verdadera profesión», pensó Blunt, mientras veía al asesino llegar a la segunda planta.

Poco después, vio que se encendía una luz en uno de los apartamentos, precisamente el situado en el extremo sur del edificio. Entonces, Blunt se dijo que era hora de actuar.

Abandonó el coche cautelosamente y subió sin hacer el menor ruido. Al llegar a la puerta del apartamento donde vivía el asesino,

divisó un pequeño rótulo con un nombre: *BRADD KETCHUM*. Podía ser el nombre auténtico, tal vez era una de sus identidades, seguramente tenía más de una, pero, en todo caso, poco importaba.

Las cortinillas de la ventana que daba a la terraza estaban corridas, lo que le impedía ver lo que había al otro lado. Blunt dudó unos segundos y, al fin se decidió a tantear el pomo.

No había llave echada. Significaba mucho. El asesino confiaba en su anodina personalidad. ¿Quién podía hacer daño a una persona corriente y normal?

El pomo giró lentamente. Blunt miró a través de la rendija que había practicado. La sala estaba desierta.

Abrió un poco más. En el interior del apartamento se oía un sonido muy agradable. El olor de los huevos fritos le llegó a la pituitaria, junto con el sonido del chisporroteo en la sartén.

Entró y cerró la puerta. Miró a su alrededor, estudiando detenidamente la decoración. No había ningún arma a la vista. ¿Dónde estaba el arsenal que, sin duda, tenía Ketchum?

En aquel momento, el dueño del piso salió de la cocina con una bandeja en las manos. Vio a Blunt y se quedó petrificado.

CAPÍTULO VII

Blunt sonrió.

—Hola, Ketchum.

El asesino hizo un vivo esfuerzo por recobrarse de la sorpresa que le causaba la inesperada presencia de un intruso en su apartamento. Sin soltar la bandeja, exclamó:

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a entrar en mi casa sin permiso?

—Me llamo Blunt, aunque es una respuesta tonta, porque usted me conoce personalmente —dijo el joven—. Hace dos días, me puso una trampa explosiva en casa. Se la devolví, ¿lo recuerda?

—No sé de qué me está hablando...

Blunt seguía sonriendo.

—La bomba hizo unos cuantos agujeros de metralla en el lado posterior izquierdo de su coche. Cuando se dio cuenta de que podía comprometerle, llevó el automóvil a Stockton Repairs... mejor dicho, lo hizo llevar por un amigo suyo, que es quien lo ha recogido y lo ha dejado en el descampado próximo a la ruta número tres, cerca del cruce con la veintidós estatal. A las tres de la tarde, aproximadamente, su amigo le ha telefoneado, diciéndole que ya tenía el coche listo. Usted, seguramente, en un taxi, ha llegado poco después de las cinco y media, ha tomado el volante y ya está en su casa, dispuesto a comerse un par de succulentos huevos fritos, con salsa de tomate, una lata de cerveza... Ketchum, usted habrá hablado con sus vecinos... ¿Dónde les dijo que trabajaba? ¿En una oficina como contable?

El aspecto de Ketchum no podía ser más inocuo. Debía de tener unos cuarenta años, era de mediana estatura, tenía fuertes entradas en la frente y su rostro aparecía correctamente rasurado.

—Sí, el aspecto inconfundible de un empleado de oficinas —añadió el joven.

—Tiene usted mucha fantasía, señor...

—Blunt, se lo dije antes. Y no es fantasía, y usted lo sabe muy bien.

—De acuerdo —suspiró Ketchum—. Confieso que me he descuidado un poco, y que me ha ganado por la mano, pero esta partida no ha acabado todavía. ¿Cómo ha averiguado tantas cosas?

—Tengo amigos. Alguien me habló de Stockton Repairs. Usted, mejor dicho, su amigo, dijo que era ingeniero y que los agujeros de la carrocería se debían a la explosión prematura de un barreno. Los operarios se fueron a almorzar al bar cercano y yo aproveché para esconderme en su coche.

—No cabe duda, es usted un tipo listo. Supongo que ahora querrá saber quién me pagó por quitarle de en medio.

Blunt hizo un cortés ademán.

—Si no hay inconveniente...

—Quizá no me crea si le digo que no sé de quién se trata —manifestó Ketchum.

—Ya me lo imagino. Un tipo desconocido se le acerca, le da mi nombre y mi dirección y un fajo de billetes. El tipo dice: «Blunt me estorba. Quítelo de en medio». Usted dice que sí... pero ha hablado con él y le ha visto, aunque sea de noche. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Señor Blunt, en mi oficio, la discreción es algo necesario, tanto como en la profesión de médico o abogado. Espero que comprenda mi postura.

—Ketchum, voy a decirle una cosa. Estoy decidido a todo, incluso a meterle astillas entre las uñas y luego pegarles fuego. Si cree que bromeo, pruebe a no dar respuesta a mi pregunta.

Ketchum sonrió débilmente.

—No debió haber venido a mi casa. Eso va a hacer muy fácil mi tarea —dijo apaciblemente.

—Y usted no debió haber enviado el coche a reparar. Era una pista que pudo suprimir, lanzándolo por un barranco...

—Tarde o temprano, lo habrían encontrado. Ya lo pensé, pero el coche está a mi nombre y no se pueden borrar los números del motor y del bastidor. Era mejor arreglarlo y luego, con el tiempo, lo

habría vendido...

De pronto, Blunt vio un cambio de expresión en el rostro del asesino. Un segundo después, la bandeja con la cena volaba por los aires en dirección al rostro de Blunt.

Saltó a un lado. La bandeja le golpeó, sin daño, en el hombro derecho. Ketchum metió mano en su chaqueta. La mano de Blunt alcanzó su muñeca cuando ya la pistola con silenciador salía al descubierto.

Los dos hombres forcejearon durante unos segundos. Las fuerzas de Ketchum no podían compararse ni de lejos con las de Blunt. Lenta e inexorablemente, el cañón del arma empezó a volverse hacia el pecho del asesino.

Un fogonazo de pánico apareció en los ojos de Ketchum. En el mismo instante, se oyó un sordo chasquido.

Todo el cuerpo de Ketchum se agitó en una terrible convulsión. Luego, repentinamente, se desmoronó, como si las ropas contuvieran solamente un poco de aire.

El revólver cayó a un lado. Con los dientes prietos, Blunt contempló la mancha de sangre que se extendía lentamente, sobre una blanca camisa, chamuscada en el lugar del impacto. Pero reaccionó y se arrodilló junto al asesino.

—Ketchum, ¿quién?

Los ojos de Ketchum le miraron un segundo. Fue a decir algo, pero, en el mismo instante, su rostro quedó como petrificado.

Durante unos segundos, Blunt permaneció en la misma postura. Sentíase abrumado, pero no culpable de lo ocurrido. A fin de cuentas, Ketchum había vivido de la violencia y por la violencia había muerto. No, no era una pérdida que se pudiera lamentar.

Se incorporó y miró a su alrededor. Bruscamente, se le ocurrió una idea.

Media hora más tarde, había reunido en la sala un fusil de gran calibre, con mira telescópica y silenciador, dos pistolas automáticas, calibres 38 y 45, otro revólver «Magnum» 357, dos granadas de mano, diez cartuchos de dinamita, fulminantes, mecha, una batería eléctrica, pequeña y compacta, y dos relojes, ya con las conexiones preparadas. En todo momento procuró borrar sus huellas, a fin de que no lo relacionaran con la muerte de Ketchum.

Blunt finalizó el trabajo, con una nota manuscrita con tipos

semejantes a las mayúsculas de imprenta, que dejó sobre el pecho del muerto:

ERA UN ASESINO PROFESIONAL

Apagó la luz y salió. Nadie le vio y pudo emprender el regreso a su casa sin más complicaciones. Cuando abrió la puerta, oyó el timbre del teléfono.

Era Phyllis.

—¿Dónde se ha metido? —Preguntó la joven—. Llevo todo el día haciendo llamadas y usted no contestaba...

—He tenido trabajo. Me fui a las once y media y regreso ahora —se justificó Blunt—. ¿Sucedó algo?

—Sí. —Phyllis vaciló un instante—. Tengo noticias del chantajista.

—Nada buenas, supongo.

—Horribles. ¡Oh... no sé qué voy a hacer...! Chester, por favor, necesito que me aconseje... He recibido algo espantoso...

—Aguarde un poco. Iré enseguida —dijo Blunt—. Procure tranquilizarse, Phyllis.

—Es difícil...

—Piense una cosa, que es irrefutable. Lo que sucede, hasta ahora, no lo sabe nadie sino usted y el chantajista. Me imagino que le habrá dado un plazo para acceder a sus deseos, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Entonces, tómese un buen trago y espere ahí. Voy enseguida.

* * *

«La venta de su paquete de acciones, deberá hacerse a nombre de Jeremías Smith. Por cada acción, recibirá doce dólares con veinticuatro centavos y un cuarto. Deberá tener todo listo no más tarde del día cuatro del mes próximo. Cuando esté preparada, llamará al teléfono

CO-44

— 2373 y lo dirá así. Entonces, recibirá nuevas instrucciones.

»Pero si antes de las doce de la noche del día cuatro no se ha recibido ninguna noticia suya, ciertas revistas recibirán copias de las fotografías que anunciamos. La elección está en sus manos».

Blunt leyó la nota que le había entregado Phyllis y luego alzó su vista hacia el rostro de la joven.

—¿Cuántas acciones posee usted? —preguntó.

—Cien mil —contestó ella sin titubear—. El mío es el paquete mayoritario. Hay otras cien mil, pero, en general, están muy repartidas. El accionista que me sigue apenas tiene quince mil.

Blunt entornó los ojos.

—Eso representa algo menos de un millón y cuarto...

—Pero el valor de las acciones supera los treinta y seis dólares —exclamó la muchacha—. Ese canalla quiere comprar por uno lo que vale tres, ¿no comprende?

—Mediante la palanca de ciertas fotografías que aún no me ha enseñado —dijo Blunt.

—Ni le enseñaré —contestó Phyllis, roja hasta la raíz del cabello.

—Oh, ¿se asusta de que un hombre la vea desnuda en fotografía?

—Si sólo se tratase de eso... Ya se lo dije y no me importaría, aunque no me gusta... pero lo que han hecho ahora es una auténtica monstruosidad...

—No pueden haberle hecho más de lo que usted misma consintió —dijo Blunt, un tanto fastidiado por lo que estimaba absurdos escrúpulos de su interlocutora—. Usted es muy bonita, pero un cuerpo desnudo de mujer, en fotografía, no me causa un infarto, precisamente. Y soy discreto, se lo garantizo.

Phyllis se puso más colorada todavía.

—Es que Frank Ogden me hizo las fotografías y aparecía yo sola en las imágenes. Ahora... el... chantajista... me hace figurar, acompañada de un hombre, en... en unas posiciones...

Blunt frunció el ceño, mientras contemplaba el rápido palpar del pecho de la joven, visiblemente agitada.

—¿Pornográficas? —murmuró.

Elia asintió, muy sofocada. Blunt agitó la mano.

—Vamos, deme las fotografías —exigió—. Si le da vergüenza, salga y déjeme solo. Pero necesito verlas y no precisamente para refocilarme con algo que ya no me causa la menor impresión.

Phyllis se levantó y fue hacia la mesa de despacho de su gabinete de trabajo privado en su residencia. Levantó la carpeta y extrajo de la misma un sobre, que entregó a su visitante.

—Necesito un trago... —dijo, con voz muy alterada.

—Que sean dos —pidió Blunt desenvueltamente.

Sacó las fotografías y empezó a estudiarlas, una por una. Sin mirarle siquiera, Phyllis le entregó un vaso, del que bebió a pequeños sorbos. De repente, agitó la mano.

—¿Tiene un lupa por ahí?

—Sí, claro.

El instrumento óptico le permitió apreciar detalles de las fotografías que pasaban inadvertidas a simple vista. Sus sospechas se confirmaron a los pocos momentos.

—Usted tiene un lunar en el muslo izquierdo —dijo.

—No, en absoluto —aseguró Phyllis.

—Entonces, sólo la cabeza es la suya. El cuerpo pertenece a otra mujer.

—Eso ya lo sabía yo. No me dice nada nuevo —contestó ella, muy irritada.

—Calma, no se enoje —rogó Blunt—. Ciertamente, usted se portó de la manera más imbécil que puedo imaginarme, al posar desnuda para Ogden. Aunque se fiase por completo de él, nunca debió hacerlo. ¿Es que el tipo no tenía bastante con el original? Oiga, yo he tenido algunas amigas y nunca les pedí una fotografía desnudas, cuando podía verlas sin ropa cada vez que se me antojase. De la que más me gustaba, y con la que estuve a punto de casarme, sólo tuve la fotografía de su rostro y hasta los hombros. ¿En qué demonios pensaba usted, mujer?

—Por favor, ya está hecho, no me haga más reproches. Bastante lo lamento yo... Fue... Habíamos tomado un par de copas de más y...

—Está bien. —Blunt separó una de las fotografías—. Me quedo con ésta —manifestó.

—¿Por qué?

El joven se puso en pie, sonriendo sibilinamente.

—Su lupa tiene poca potencia —dijo—. El chantajista pasó por alto un detalle. Vio las fotografías y se las envió sin más, aunque, eso sí, quedándose con los negativos. Pero no se dio cuenta de que en el telón de fondo aparece el nombre y la dirección del fotógrafo y que no se llama precisamente Frank Ogden.

—Asombroso —calificó Phyllis—. Pero ¿cómo pudo ser tan descuidado ese hombre?

—Muy sencillo: también hace otras fotografías, que se pueden presentar en todas partes. Entonces, en el telón de fondo, tiene ya fijo el cartel con su nombre y dirección, y ello aparece en las fotografías. Debió de descuidarse y no cambió el telón... En fin, eso importa poco ahora.

—Imagino que piensa hablar con el fotógrafo.

—Por supuesto.

—¿Hoy?

—No tengo prisa. Falta una semana para que se cumpla el plazo que le han dado. Mañana, cuando me encuentre más descansado.

—¿Ha sido muy intenso el trabajo de hoy?

—Físicamente, no; psíquicamente sí, por la tensión nerviosa.

—¿Ha sucedido algo grave?

—El asesino profesional que contrataron para matarme está muerto —respondió Blunt gravemente.

CAPÍTULO VIII

—Sí, sargento, sí, me ha desaparecido... ¿Cómo quiere que se lo diga, en chino? La tenía estacionada cerca del principal almacén... No, en esos momentos no la hacía servir; ya tenía suficiente con las otras furgonetas, pero cuando el chófer fue a buscarla, porque la necesitaba para unos pedidos urgentes, se encontró con que había volado... ¡No, maldita sea, no era una avioneta, sino una furgoneta! Sargento Garry, usted y yo somos buenos amigos; no me gaste cuchufletas ni me haga chistes malos, por lo que más quiera...

Vito Ligure hizo una pausa para escuchar lo que le decía el policía destinado en el departamento de vehículos robados y luego continuó:

—Hombre, no, mis furgonetas destacan sobre todas las demás de la misma marca. En cuanto se ve una por la calle, la gente dice: «Ahí van los víveres de Vito Ligure»... Sí, amarilla, con dos rayas rojas, muy anchas, en el centro, cruzadas por dos azules, oblicuamente... Está bien, y sé que hace lo que puede, Garry, pero... Espere un momento, por favor; uno de mis hombres tiene que decirme algo urgente. No se retire por favor.

Ligure tapó el teléfono con la mano y miró airadamente al osado que se había arriesgado a abrir la puerta sin llamar.

—Gino, diablos, ¿qué ocurre?

—La furgoneta, patrón. Ha aparecido. Está a dos manzanas de distancia... —informó precipitadamente el recién llegado.

—¿Estás seguro? No te equivoques, Gino, porque luego sería peor.

—Sí, sí, patrón, segurísimo.

—Está bien... —Ligure destapó el teléfono—. Sargento Garry, la furgoneta ha aparecido. Cancele la orden de búsqueda, por favor.

Muchas gracias por su amabilidad.

El auricular volvió a la horquilla.

—¿Por qué no has traído la furgoneta inmediatamente al almacén? —Gruñó—. Sabes que tenemos que servir urgentemente el pedido de la Deep Freshing...

—Perdone, señor Ligure —se disculpó Gino Napoli—, pero yo vine corriendo a decírselo. Ratto y yo la vimos, y él se quedó para ver si faltaba algo o tenía algún destrozo. Creo que ya debe de estar entrando en el patio en estos momentos.

—Muy bien, en tal caso, ve y dile que la lleve al departamento de frigoríficos. Yo mismo iré a inspeccionar la carga dentro de cinco minutos.

—Sí, patrón, ahora mismo.

Ligure se quedó solo. Abrió una cigarrera, sacó un habano, mordió la punta, escupió y luego cogió un encendedor de sobre mesa. Mientras aspiraba las primeras bocanadas de humo, se preguntó quién diablos había tenido la idea de robar una furgoneta comercial. No habrían sido unos muchachos para divertirse, masculló para sus adentros.

Quizá habrían sido unos ladrones, que necesitaban un vehículo que pudiera enmascarar sus ilícitas actividades. A tales efectos, la furgoneta de Ligure podía servirles a las mil maravillas.

—Y luego, han sido tan honrados, que la han devuelto a su dueño —masculló, felicitándose de haber denunciado el robo inmediatamente de producido, porque si el vehículo estaba implicado en algo nada honesto, él quedaba desde el primer momento libre de toda culpa.

Después de comprobar el perfecto tiro del habano, salió de su despacho, dispuesto a comprobar la carga destinada a uno de sus importantes clientes.

* * *

Cuando estaba terminando de vestirse, sonó el timbre de la puerta. Se ajustó el nudo de la corbata y, con la chaqueta sobre el antebrazo, cruzó la casa.

El visitante era hartamente conocido. Tenía unos cuarenta y cinco años y un rostro agradable y simpático. A Blunt le extrañó mucho la

presencia del directivo de la Spade Corp., en su casa y a una hora relativamente temprana, como eran las diez y media de la mañana.

—Señor Robinson... Pase, por favor.

Charles M. Robinson cruzó el umbral, con la mano extendida, que el joven aceptó en el acto.

—Siento lo ocurrido —dijo—. Fue una injusticia. Yo lo considero así y quiero que lo sepa por mi boca.

—Gracias —contestó Blunt.

—Me gustaría hacer algo por usted, aunque, francamente, me es imposible. Créame, luché hasta lo indecible por mantenerle en el puesto, pero esa muchacha, usted ya sabe a quién me refiero, es terriblemente terca.

—Lo sé y se lo agradezco muy sinceramente, señor Robinson.

—Al menos, me pareció correcto expresar personalmente mis sentimientos. No es más que un poco de consuelo moral...

—Se siente uno mejor pensando en que hay gente que le considera inocente. Gracias otra vez, señor Robinson.

La mano del visitante se tendió de nuevo hacia Blunt.

—Adiós, Chester. Si un día necesita de mí...

Blunt hizo un leve gesto con la cabeza. Debía decírselo a Phyllis: podía resultar contraproducente que sus ejecutivos pensaran de manera diametralmente opuesta.

—Pero ni Gordon ni Robinson son todos —murmuró para sí. Aún había tres más y éstos no habían hecho acto de presencia ni le habían dicho nada en un sentido u otro. Por tanto, los tres ejecutivos restantes, a menos que lo demostrasen pronto, estaban de acuerdo con la decisión de Phyllis.

Se encogió de hombros. Era un tema que, por el momento, carecía de importancia.

En cambio, lo que sí resultaba importante era la visita que pensaba hacer aquella misma mañana a un fotógrafo llamado Larry Fersen.

* * *

Los ojos del sujeto estaban al otro lado de unos lentes de cristales ovalados, montados al aire y que cabalgaban sobre la punta de una nariz que parecía más bien el pico de una cigüeña.

Estaba en mangas de chaleco, que llevaba sin abrochar, y sobre la pechera de su nada limpia camisa se veían algunas manchas de ceniza. El escaso pelo que aún conservaba sobre la cabeza aparecía alborotado y en desorden. Debía de haberle sorprendido en mitad de alguna de sus sesiones fotográficas o en el laboratorio de procesado de las películas.

—Muchacho, si buscas empleo como modelo, pierdes el tiempo —dijo Fersen—. Ya tengo cubierto todos los cupos durante tres meses...

—Eso significa que trabaja mucho —sonrió Blunt.

—Pues, sí, no puedo quejarme, pero como digo, ahora no tengo nada para ti. Y dispensa, que tengo unas películas en el baño de revelado y se me van a estropear, si pasa demasiado tiempo.

—Es que yo no he venido a pedirle trabajo, Larry Fersen.

El fotógrafo hizo un gesto con la boca.

—Si representas a alguna casa de material, tengo de todo —dijo.

—Incluso la cámara con la que hizo esta fotografía.

Blunt extrajo una cartulina del sobre que llevaba en la mano. La fotografía tenía un tamaño casi doble del de una postal y la pareja que en ella aparecía, estaban abrazados en una postura realmente pornográfica.

Fersen palideció.

Blunt volvió a sonreír y cerró la puerta a sus espaldas.

—La joven cuya cabeza aparece en esta fotografía, no tiene un lunar en el muslo izquierdo —dijo.

Fersen tragó saliva. Su nuez prominente subió y bajó varias veces.

—Es... ella, es una de mis modelos...

Blunt movió la mano derecha de revés. El golpe alcanzó de lleno a Fersen en plena boca y lo hizo caer de espaldas, con los pies por alto.

—Fersen, no me importa que se dedique a la fotografía pornográfica, mientras haya quien se preste a ello voluntariamente. Pero me da asco lo que ha hecho con esta mujer.

—Ella se desnudó —gritó el fotógrafo desde el suelo.

—Pero no autorizó a nadie para que divulgase esas fotografías. Y, además, estaba sola. —Blunt se inclinó hacia adelante—. Dígame, ¿quién le pagó por hacer este apaño?

—Nunca traiciono a mis clientes...

—Lo cual significa que no es la primera vez que hace una cosa semejante.

—Y eso, ¿qué diablos le importa a usted?

Blunt pensó que Fersen tenía más genio del que aparentaba su figura, más bien endeble. «A un tipo con genio, le conviene la dureza», pensó.

De pronto, saltó hacia él y, agarrándolo por el cuello, lo izó en vilo. Con las dos manos, lo sostuvo en alto durante unos segundos, hasta que vio que el rostro de Fersen empezaba a congestionarse.

Lentamente, lo bajó al suelo, pero no lo soltó, limitándose a aflojar la presión de sus manos.

—Nadie sabe que estoy aquí —dijo amenazadoramente—. No he dejado huellas y puedo cortarle el resuello para siempre. Larry, por última vez, dígame quién le contrató para hacer esa composición fotográfica.

Fersen cobró miedo. Todavía le dolía el cuello. Había podido comprobar la robustez de su visitante y se sabía inerme. Por tanto, sólo tenía una salida.

—Bu... bueno, dijo que se llamaba... Smith...

—Ya —rió Blunt, sarcástico—. John de nombre, ¿verdad?

Fersen se encogió de hombros.

—No iba a pedirle la documentación —contestó.

—Está bien. Descríbalo.

—Pues... aparentaba unos cuarenta y tantos años, bien vestido, erguido... algo más alto que yo, con bigote... Es todo lo que puedo decirle, se lo juro.

—¿Le dio algún teléfono? ¿Alguna dirección?

—No. Vino un día, me trajo las fotografías y me indicó lo que quería.

—Pagando un precio nada barato, claro.

Fersen desvió la mirada.

—Pensé que trataba de embromar a alguien...

—Eso no se lo cree ni usted mismo —dijo Blunt duramente—. ¿Cómo hablaba Smith? ¿Ceceaba? ¿Se comía alguna letra? ¿Aspiraba fuertemente las haches? Recuerde; cualquier detalle puede ser importante.

—Siempre hablaba con mucha corrección, en voz baja,

pronunciando muy bien todas las letras...

—En su cara, dígame, ¿había algún rasgo peculiar? Al menos, tuvo que verlo dos veces: cuando le encargó las fotografías y al recogerlas.

—El rostro es más bien vulgar... No tiene cicatrices...

—Un rostro en el que hay un gran bigote, no puede ser vulgar —alegó Blunt.

—Sí, claro, pero si el bigote es postizo...

—¿Le pareció postizo?

—Por su aspecto, me di cuenta de que el bigote no caía bien en su fisonomía. Pero no iba a pegarle un tirón, para ver si era auténtico o falso.

—No le interesaba, desde luego. Fersen, si sabe el teléfono de Smith, no le avise de mi visita.

—Descuide, seré mudo como una tumba.

—Eso le hará vivir muchos años, tranquilamente y sin sobresaltos.

Blunt abandonó el estudio, sin demasiados ánimos, dándose cuenta de que había conseguido muy poco. ¿Quién diablos era Smith?

Una cosa parecía segura: salvo el hecho de contratar a un asesino, para quitarle de en medio, todo lo demás se lo hacía él mismo, lo cual eliminaba riesgos.

De pronto, se acordó del teléfono mencionado en la nota recibida por Phyllis. Resultaría útil investigar en aquella dirección, se dijo.

* * *

Siguiendo a su habano, Vito Ligure llegó al almacén y lo primero que vio, junto al portón de descarga, situado a un metro sobre el suelo, fue una caja de madera, de forma alargada y con una extraña inscripción en su cubierta.

—¿Qué diablos es eso? —barbotó—. ¿Por qué está aquí?

—La hemos encontrado en la caja de la furgoneta, patrón —declaró Ratto Pasqua—. Acabamos de sacarla y estamos tan extrañados como usted.

—Sin duda se la olvidaron los ladrones —apuntó Napoli.

—O le quisieron poner a usted en un apuro, dejándonos esta caja de herramientas agrícolas —terció Jack Dorelli, que también figuraba en el grupo.

—Lo mejor será abrirla —dispuso Ligore, echándose a reír—. Tal vez encontremos algo útil.

Sus secuaces emitieron también unas risitas. Napoli buscó una palanca de hierro y forzó la tapa. Dorelli y Pasqua le ayudaron a echar la tapa a un lado y entonces fue cuando vieron el bulto alargado, envuelto en una lona, que había en el interior de la caja de herramientas agrícolas.

Un leve olor, nada agradable, invadió el ambiente de inmediato. Ligore empezó a sospechar la verdadera naturaleza de lo que había en el interior de la lona.

—¡Un muerto, nos envían un muerto! —barbotó.

Sus esbirros no se sentían menos perplejos.

—¿Por qué? —dijo Pasqua.

—¿Qué les hemos hecho? —se lamentó Dorelli, que no cesaba de santiguarse.

—¿Quién será? —preguntó Napoli, no menos desconcertado, pero con más lógica que los demás.

Ligore mordía nerviosamente el cigarro. De pronto, hizo un enérgico ademán.

—A ver, quitad la lona. Quiero ver la cara del muerto. Me da en la nariz que lo conozco...

La operación estuvo terminada en contados segundos y el mal olor se hizo aún más intenso. Tapándose la cara con los pañuelos, los cuatro hombres contemplaron el lívido rostro del hombre, sobre cuya ceja derecha aparecía la inconfundible huella de un balazo.

—Por todos los... Pero si es Roy Wetterly... —exclamó Ligore.

—¿Quién lo despenó? —murmuró Dorelli a través del pañuelo.

—Eso no importa ahora. Me parece que ya sé quién lo ha hecho. Ese tipo ha querido meterme en un lío, pero no lo voy a consentir, no, señor. Y cuando le ponga la vista encima... Vamos, hay que dejar la caja como estaba; luego os diré lo que hay que hacer.

—Entonces, patrón, ¿sabe quién le envía el muerto?

—¡Claro que sí! A él le estorbaba, pero no iba a pensar que yo lo pondría en un marco, en mi despacho. —Furioso Ligore arrojó el habano al suelo y lo aplastó a taconazos—. Además, ha tenido el

mal gusto de dejar pasar unos cuantos días, para que apeste...

—Quizá no pudo desprenderse antes del *fiambre*, patrón —opinó Dorelli.

—Tal vez, pero, para mí, es lo mismo. Hoy, antes de que se acabe el día, habré devuelto este estorbo a su remitente —sentenció Ligure enérgicamente.

CAPÍTULO IX

Chester Blunt abrió la puerta y se sintió enormemente asombrado al reconocer a sus dos visitantes.

—¡Señor Wilcox, señor Linkletter! —exclamó.

—Hola —dijo uno de los recién llegados.

—¿Cómo está, Chester? —saludó el otro—. ¿Podemos pasar?

—Seremos muy breves —manifestó Wilcox.

—El señor Wilcox y yo hemos discutido largamente el caso, llegando a la conclusión de que fue un acto injusto e intolerable —declaró Linkletter—. Pero, desgraciadamente, no podemos hacer nada.

—Salvo manifestarle nuestra simpatía personal hacia usted y la más absoluta desaprobación por un despido que no estimamos justificado ni mucho menos.

—Infortunadamente, ella tiene poder decisorio total y nuestra intervención no conseguiría nada.

—Pero, al menos, ya sabe cómo pensamos algunos de los que trabajamos en la Spade Corporation.

Blunt sonrió. De los cinco altos jefazos de la Spade Corp., ya sólo faltaba uno por expresarle su simpatía. Confortaba saber que pensaban de semejante manera. Se preguntó qué dirían si lograba resolver el caso, cuando volviese a su empleo. «Las explicaciones se las dará ella», pensó.

—Muchas gracias, caballeros. No saben lo reconocido que estoy a su visita —dijo.

—El señor Wilcox y yo estimábamos que era de justicia hacerle conocer nuestra opinión sobre el caso —manifestó Linkletter. Alargó su mano—. Chester, lo siento de veras.

—Si puedo serle útil en algo... —añadió Wilcox.

Blunt se quedó solo a los pocos instantes. Pensó en los dos visitantes, ambos con cierto parecido, si no fisonómico, al menos en la figura externa: de mediana estatura, mediana edad, con entradas pronunciadas en el pelo, Wilcox con algo más de cabello que Linkletter, cintura más bien gruesa...

Suspiró. Cualquiera de ellos, e incluso Gordon, podían ser el tal Smith que había hecho el trato con Larry Fersen. El que sí quedaba descartado, precisamente por su misma apostura física y también por la edad, era Robinson.

De pronto, sonó el timbre del teléfono.

Blunt levantó el auricular y dio su nombre. Alguien, al otro lado de la línea, dijo:

—He encontrado el número, Chester. Corresponde a la casa número mil cuatrocientos cincuenta y cinco, de la Calle Once, cuarta planta, departamento E.

La comunicación se cortó en el acto. Blunt no hizo el menor comentario; su información podía sufrir un serio compromiso si se sabía que le había proporcionado aquellos datos de forma ilegal.

Meditó unos instantes. Luego, de pronto, se dirigió hacia la puerta. Abrió y se encontró a Phyllis en el umbral, disponiéndose a tocar el timbre de llamada.

La joven sonrió.

—Iba a salir —dijo.

—Sí. Pero no es cosa que importe hacer unos minutos antes o después. Entre, se lo ruego. ¿Quiere café?

—Indíqueme dónde está la cocina y yo misma lo haré.

—Muy bien.

Durante unos momentos, hubo silencio entre los dos. Luego, cuando el café humeaba en las tazas, Phyllis miró fijamente al dueño de la casa.

—Quiero saber qué piensa de mí, Chester —manifestó.

—¿Tanto le interesa mi opinión? —sonrió él.

—Más de lo que cree.

—Oh, se me van a subir los humos a la cabeza... —Blunt soltó una risita—. Quiere mi opinión sobre algo que no tiene relación, en cierto modo, con su profesión.

—Exacto —corroboró Phyllis—. Es cierto que el chantaje afecta a la Sociedad, pero lo ocurrido es algo estrictamente particular.

—Que, sin embargo, le perjudica en lo profesional. Dígame una cosa, ¿de quién partió la idea?

Phyllis se sonrojó ligeramente.

—¿He de ser sincera?

—No puedo darle una opinión apoyada en datos falsos —contestó Blunt, muy serio.

—Bien... Frank lo sugirió y yo... Bueno, no opuse demasiada resistencia, ésta es la verdad.

—¿No se le ocurrió decirle que podía verla desnuda siempre que quisiera?

—Sí, pero insistía tanto... —Phyllis estaba muy turbada.

—¿Qué sabía de Ogden?

Phyllis se puso más colorada todavía.

—Bueno, era joven, guapo, ardiente... parecía enamoradoísimo...

—¿Cuál era su profesión?

Hubo un instante de silencio.

—Ahora que lo dice... no se lo pregunté nunca —respondió Phyllis, al cabo de unos segundos.

—¿Sabía si trabajaba en algo?

—No.

—¿Le pidió dinero?

—Sí, un par de veces. Dijo que eran préstamos, que ya me devolvería algún día el dinero... —Phyllis suspiró hondamente—. Empiezo a pensar que me enredé con un desaprensivo.

—No le quepa la menor duda. Pero, puesto que me ha pedido mi opinión, le diré que todos estamos expuestos a un tropezón. Lo que se necesita es no incurrir después en el mismo error.

El rostro de la joven expresó alivio.

—Pensé que me trataría mucho peor —dijo.

—¿Por qué? Ogden le gustaba, era guapo, joven, cariñoso... No es usted la primera mujer que se encuentra en una situación semejante.

—Sí, pero sin fotografías comprometedoras.

—¡Oh, tampoco es la única! Lo que sucede es que las cosas se han complicado después, pero ya no es culpa suya. Lo peor de todo es que después se han servido de esas fotografías...

—Me pregunto si no podrían haber utilizado otras fotografías más.

—No. Eran doce placas, aproximadamente, y usted aparecía en diversas posturas. Su cabeza no estaba siempre en la misma posición. Al fotógrafo que hizo luego las composiciones, le bastó elegir la postura adecuada al cuerpo de la otra.

—Entiendo. —Phyllis, muy pensativa, asintió—: ¿Le ha visto?

—Sí.

—¿Y bien?

—A decir verdad, no obtuve gran cosa. Pero tengo tres sospechosos en mi lista.

—¿Quiénes son?

—Gordon, Wilcox y Linkletter. A Robinson lo descarto, porque no tiene la apariencia física del hombre que encargó las fotografías, después de robar las suyas.

—¿Qué me dice de Raymond Alba, el quinto de la lista?

—No le he visto, no puedo decir nada —contestó Blunt—. Pero es muy moreno y tiene una cabellera abundante y frondosa, aparte de que no es precisamente un hombre bajito. Personalmente, creo que debe ser descartado también.

—Y, sin embargo, yo habría jurado... —Phyllis se mordió los labios y se interrumpió.

—¿Creyó que Alba podía ser el culpable?

—Sí.

—¿Qué le hizo pensar en esa posibilidad?

—El despecho. Me pretendió en tiempos. Tuve que convencerle... y en cierta ocasión, darle un par de buenas bofetadas. Lastimosamente, no podía despedirle. Pero en los últimos tiempos, ha olvidado ya sus pretensiones y actúa con normalidad y eficacia.

Blunt sacó cigarrillos.

—Lo siento, pero la conversación ha terminado —dijo.

—¿Por qué?

—Tengo una cita con el hombre que le envió el mensaje.

Phyllis respingó.

—Lo conoce —exclamó.

—No, sólo su domicilio.

—¿Ha hablado con él?

—Espero hacerlo.

—Entonces, iré con usted —decidió ella repentinamente.

—Pero...

—No se hable más —cortó la joven, con acento que no admitía réplica.

Phyllis arrugó la nariz al observar el aspecto de la casa en la que se hallaban.

—Esto no parece el lugar adecuado para una persona que aspira a conseguir el dominio de una empresa que vale millones —comentó.

—A mí, en cambio, me parece estupendo. Es un edificio corriente, con gentes corrientes... No hay tipos hoscos, ni maleantes, hemos visto algunas mamás con sus cochecitos de niño en el pequeño jardín que hay ante la fachada... Sí, créame, el sitio apropiado para no hacerse demasiado conspicuo.

—Si usted lo dice...

Blunt sacó algo de uno de sus bolsillos. Phyllis le miró con ojos sorprendidos.

—¿No piensa llamar?

—No.

La ganzúa hizo su labor en pocos segundos. Blunt empujó la puerta.

El departamento aparecía casi a oscuras. Blunt encendió la luz primero y luego descorrió las cortinas de la ventana más próxima. Entonces, con gran asombro, apreció que el departamento carecía de muebles.

—¡Está vacío! —exclamó Phyllis.

Blunt asintió. Aquello era muy extraño, se dijo. ¿Qué objeto tenía facilitar el teléfono de un piso desocupado?

De pronto, divisó un armario empotrado en una de las paredes y, acercándose con paso rápido, abrió la puerta.

—¡Ajá! —dijo, satisfecho.

Phyllis miró por encima de su hombro. Había un teléfono, con suplemento de grabación automático de llamadas.

—¿Qué le parece? —preguntó Phyllis.

—Lógico.

—¿Cómo?

—Smith alquiló el piso, hizo que le instalaran el teléfono... A fin de cuentas, sólo necesita recibir una llamada.

—Ya entiendo —dijo Phyllis—. ¿Cómo consiguió el dato?

—Tengo un buen amigo en la Policía. Nos debemos favores.

Blunt echó a andar y examinó el resto del apartamento, también vacío de muebles. De pronto, vio a Phyllis que venía corriendo hacia él, con expresión de susto en la cara.

—Alguien va a entrar —susurró la joven.

CAPÍTULO X

La puerta giró y se cerró. El hombre avanzó directamente hacia el teléfono. Sacó algo de su bolsillo y manipuló unos instantes en la grabadora. Luego se dispuso a marcharse.

Entonces sonó la voz de Blunt:

—*Mula*, no tengas tanta prisa.

Los hombros del sujeto se agitaron. Pero no se volvió, limitándose a permanecer como clavado en el suelo, a un par de pasos de la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Blunt.

—Oh...

Burt Keefe hizo una pausa. Luego habló, impaciente:

—Está bien, diga lo que sea, pero pronto.

—¿Tienes prisa?

—Un poco.

—Yo no tengo ninguna, *Mula*.

—No me gusta que me llamen así —se quejó Keefe.

—Tendrás que aguantarte. Dime, ¿te envía el señor Smith?

Keefe rió.

—Es usted muy listo. ¿Cómo lo sabe?

—Hombre, no te iba a dar mi apellido.

—Si piensa denunciarme a la policía, pierde el tiempo. ¿De qué podrían acusarme? El piso está vacío, nadie diría que he entrado a robar en donde no hay siquiera un mal palillo de dientes.

—No pienso enviarte a la policía, Burt. Pero, en compensación, debes decirme a qué has venido aquí.

—No tengo inconveniente. He puesto una cinta en la grabadora del teléfono.

—Operación realizada por encargo del señor Smith.

El Mula soltó una risita.

—A él se le olvidó —dijo—. Tiene gracia, ¿eh?

—Tendría mucho más, si me dijese cuál es su aspecto.

—Lo siento, siempre nos hemos comunicado por teléfono. No le he visto jamás.

—Y te pagará por correo.

—Exacto.

—¿Igual que Bradd Ketchum?

Keefe guardó silencio.

—Burt, Ketchum te envió a recoger su automóvil al taller Stockton Repairs. No lo niegues, porque yo te vi. Estaba escondido en el suelo, detrás del asiento delantero.

—Éramos amigos —dijo *El Mula* roncamente.

—Sí, y «dime con quién andas...» —exclamó Blunt, cáustico.

—Usted lo mató.

—No, fue él mismo quien apretó el gatillo de su propio revólver. Aunque debo admitir que yo sujetaba su muñeca, para evitar que usara el arma contra mí.

—Se lo haré pagar caro...

—¿Cómo, Mula?

De súbito, se oyó un tremendo rugido. Keefe giró en redondo. Ya tenía en la mano una navaja automática, cuya hoja, de quince centímetros, buscó venenosamente el bajo vientre de Blunt.

Pero el objetivo ya no estaba en el sitio donde Keefe esperaba alcanzarlo. Blunt había saltado hacia su derecha y, antes de que el hampón pudiera recobrarse, le arreó un tremendo puntapié en el costado izquierdo, haciéndole rodar por el suelo.

Keefe gruñó. El arma se escapó de sus manos. Blunt se inclinó, la plegó y se la guardó en un bolsillo. Keefe se sentaba en aquel instante y lo dejó sin sentido de un puntapié en la mandíbula.

—Parece que esté viendo una película en la televisión —comentó Phyllis.

Y entonces, intrigada, observó que Blunt se había entregado a una extraña tarea, que tuvo fin diez minutos más tarde, justo cuando Keefe empezaba a recuperar el conocimiento.

Keefe intentó levantarse, pero entonces se dio cuenta de que estaba atado, con tiras hechas de su propia ropa, en especial de los

pantalones. Juró obscenamente hasta perder el aliento y calló cuando se percató de que el detective le miraba burlonamente.

—No has querido hablar demasiado —dijo Blunt—. Está bien, nadie debe sentirse obligado a decir algo que no le gusta... pero las personas decentes tenemos la obligación de protegernos de los hijos de perra como tú. Créeme, *Mula*, he hecho los nudos a conciencia. Voy a dejarte aquí cuarenta y ocho horas. Pasado mañana, a esta misma hora, cuando sientas ya hambre y sed, habrás cambiado de modo de pensar.

—Maldita sea, usted no puede...

—¿De veras no puedo? —rió Blunt.

De pronto, Phyllis acercó sus labios al oído del joven y le dió algo en voz baja. Blunt asintió.

—*Mula*, ¿sabes quién mató a un tal Frank Ogden?

—Wetterly —contestó el sujeto malhumoradamente—. No pudo ser otro.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé; hace un montón de días que no lo veo...

—Muy bien, ya lo encontraré.

Blunt se inclinó y tapó la boca del hampón con un pañuelo. Luego se irguió, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Nadie oirá tus gritos —dijo—. Y no creo que te convenga demasiado llamar la atención con patadas en la puerta. A la policía le gustaría hacer muchas preguntas, y tú no tienes ningún interés en contestarlas. Vendré pasado mañana, *Mula*.

Desde la puerta, sonrió y se despidió:

—Dos días pasan pronto, hombre.

Fuera del piso, agarró el brazo de la joven. Phyllis se sentía aún desconcertada.

—¿Cree que aguantará dos días sin comer ni beber?

—No, mujer. Se soltará muy pronto. En realidad, no me conviene que alguien lo encuentre ahí. Ya me ha dicho todo lo que tenía que decirme.

—Excepto la dirección de Smith.

—No la sabe. Smith es lo suficientemente listo para no pasar de los contactos por correo o por teléfono. A El Mula le pagan y él hace lo que le ordenan, y todo lo demás, le tiene sin cuidado. ¿Lo entiende ahora?

—Sí —suspiró Phyllis—. Oiga, ¿conoce usted a Wetterly, el hombre que asesinó a Ogden?

—No, pero tarde o temprano, daré con él, se lo aseguro —respondió Blunt confiadamente.

* * *

La puerta se abrió lentamente, sin el menor ruido. Una cabeza asomó por el hueco y unos ojos estudiaron con infinita atención el interior del apartamento.

En los ojos de *El Mula* brilló una chispa de esperanza. Sin saber porqué, presentía que aquel sujeto era el señor Smith. Ahora le libraría de sus ataduras, seguro.

Eran ya las seis de la tarde y pronto sería de noche. Burt Keefe se sentía incómodo y dolorido por las largas horas que llevaba atado y tendido en un suelo que no tenía nada de confortable. Por fin se iban a acabar sus tormentos.

Y aquella misma noche, porque no pensaba dejar para mañana lo que podía hacer hoy, *El Mula* se tomaría el desquite. Iba a hacerle pasar todas las penas del infierno, en esta vida, a aquel maldito detective...

El hombre cerró y se arrodilló a su lado, contemplándole con mirada interesada. *El Mula*, emitió unos gruñidos, con los que quería indicar sus deseos de que le desataran cuanto antes.

Unos dedos algo nerviosos le quitaron la mordaza. Keefe respiró a pulmón libre.

—Al fin —exclamó—. Gracias, señor Smith.

—Me ha reconocido —dijo el hombre.

—Imagino que es usted Smith... ¿Quién más, si no, podría venir a este piso?

—Muy cierto. Habrás colocado la casete en la grabadora.

—Sí, desde luego... Oiga, no me mire así. Blunt me sorprendió...

—Ah, fue Blunt.

—El mismo. Me cogió desprevenido. Estaba ya dentro del piso, de lo contrario... Además, no vino solo.

—¿No?

—Había una fulana con él. Joven, muy guapa, cabellos castaños, un tipo estupendo. Me pareció oír el nombre de Phyllis...

—¡Phyllis! —Respingó Smith.

—No estoy seguro, pero me parece que ése fue el nombre que escuché. Por favor, desátame... Oiga, le aseguro que no le dije nada de importancia...

—Oh, sí, comprendo, nada de importancia. —Smith sonrió—. Procura volverte boca abajo, Burt.

—Sí, señor.

El Mula tenía las manos atadas a la espalda. Su cara se apoyó un instante en el frío pavimento. De pronto, notó un agudo dolor en el centro de la espalda.

—Oh, no... —gimió.

El dolor se repitió. Keefe empezó a verlo todo oscuro.

Todavía sintió un tercer pinchazo. Por un instante, pensó que su vida acababa allí... y era cierto.

Sobre su espalda ensangrentada, sonó una agitada respiración. Pero *El Mula* ya no podía oír nada.

* * *

Desde el asiento posterior de su coche, Vito Ligore contempló especulativamente el edificio que era una sombra oscura en la noche.

Gino Napoli estaba sentado en el asiento del conductor, silencioso e inmóvil como una estatua. De pronto, vieron una silueta que se destacaba del edificio.

Dorelli llegó junto al coche y se inclinó hacia la ventanilla posterior derecha:

—Ahí es —dijo a media voz.

Ligore movió la mano.

—Entonces, adelante.

—Sí, patrón. Escuche, patrón... He visto algo que me ha dado una idea...

—¿De qué se trata, Gino?

Napoli expuso su plan. Ligore sonrió detrás de la brasa roja de su cigarro.

—Una buena broma —convino—. Anda, empieza a trabajar cuanto antes. ¿Necesitaréis ayuda tú y Ratto?

—No, patrón, podemos arreglárnoslas entre los dos.

—Muy bien, entonces, adelante.

Napoli se alejó un poco e hizo unas señales con la mano. A los pocos instantes, una furgoneta se acercó casi silenciosamente. Iba conducida por Ratto Pasqua, quien situó la zaga del vehículo junto a la puerta del edificio.

Luego ayudó a su compinche a entrar una caja en el interior de la casa. Minutos después, salieron con la caja en la mano, ya vacía, lanzándola a un lado del callejón en que se encontraban.

Napoli se acercó al coche y movió la mano, con el índice y el pulgar juntos.

—Listo, patrón —informó.

Ligare se cambió el puro de sitio en la boca.

—Alguien tendrá que vigilar esto, y avisarme cuando estén todos reunidos —dijo.

—Podemos hacerlo por turno, pero ¿para qué, patrón? —inquirió Dorelli.

—Para avisar yo a la policía, tonto —contestó Ligore.

* * *

El teléfono sonó repentinamente, con tal estridencia, que Blunt, sumido en el mejor de los sueños, no pudo por menos de dar un salto en la cama.

Malhumorado, alargó la mano y asió el aparato.

—Blunt —dijo con un gruñido—. ¿Quién diablos, a estas horas...?

—Phyllis Spade —sonó una voz inconfundible en el otro extremo del hilo.

—Debe, de ser muy importante lo que tiene que decirme, cuando me llama a estas horas de la madrugada —supuso Blunt.

—Lo es, pero no puedo decírselo por teléfono.

—Entonces, ¿me sugiere...?

—Sí, venga inmediatamente, por favor.

Blunt consultó su reloj de pulsera.

—Son las dos y media de la mañana. Le cobraré tarifa nocturna.

—No bromea. Esto es más serio de lo que parece.

—Muy bien, iré en cuanto me haya vestido. Tenga preparado un litro de café.

—De acuerdo.

Maldiciendo entre dientes, Blunt lanzó la ropa de cama a un lado y se encaminó al cuarto de baño, en donde se refrescó la cara con unas rápidas abluciones de agua fría. Luego volvió al dormitorio, se vistió y, por la puerta lateral, pasó al garaje.

La puerta del garaje se abrió automáticamente y se cerró por el mismo procedimiento. Mientras rodaba velozmente en dirección a la residencia de Phyllis, se pregunté qué nuevas noticias habría recibido la joven, para pedirle que fuera a verle a una hora tan intempestiva.

Treinta minutos más tarde, se apeaba del coche y salía de dudas.

—El chantajista ha adelantado el plazo —dijo Phyllis sin más preámbulos—. Ahora quiere que la transferencia se haga pasado mañana. Y no piensa concederme un aplazamiento.

CAPÍTULO XI

—Veamos —dijo Blunt, después de vaciar su taza de café—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

Phyllis le entregó un papel escrito a mano, pero en grandes caracteres que imitaban las mayúsculas de imprenta.

—Esto es una carta. Tuvo que recibirla mucho antes de las dos y media —refunfuñó Blunt.

—Llegó a las siete de la tarde, pero yo ya estaba fuera, invitada a cenar en casa de unos amigos. Después fuimos al teatro y, a la salida, nos tomamos unas copas en una sala de fiestas. Luego, ellos me acompañaron hasta casa y entonces fue cuando vi la carta. Pregunté a la doncella y me dijo que la habían traído a la hora que le he mencionado.

—Con todas sus preocupaciones y salió a divertirse, ¿eh?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —se sulfuró Phyllis—. Eso no iba a impedir que el chantajista siguiera adelante con sus planes. Además, se trata de unos buenos amigos, y no podía rechazar su invitación.

—Está bien, no he tratado de herir sus sentimientos. Sólo era una observación... ¿Dijo que trajeron la carta a las siete de la tarde?

—Sí.

—¿Vio el sobre?

Phyllis se lo entregó. Blunt observó en el acto la ausencia de sellos de correos.

—Lo trajeron a mano —adivinó.

—Sí. Un mensajero de agencia, me parece...

—¿Lo vio su doncella?

—No se fijó demasiado. Sin embargo, me comentó que le parecía demasiado viejo para ésta clase de trabajo.

—¿Viejo? ¿Cómo cuánto?

—Oh, unos cincuenta y cinco o sesenta años... Los mensajeros de reparto de cartas o telegramas o paquetes pequeños, suelen ser siempre chicos jóvenes, de mediana edad, en todo caso; pero no casi un viejo, como el que trajo la carta.

—Pudo ser el propio Smith, pero si lo hizo así, ¿por qué se ha retractado de sus primeras instrucciones? ¿Qué le hace anticipar la fecha de transferencia de las acciones?

—Me da la sensación de que se siente enojado, aunque no comprendo los motivos —apuntó Phyllis.

—Una posibilidad digna de ser considerada —admitió Blunt—. Pero si se ha enfadado, ¿por qué?

—¿Se habrá enterado de que no le he despedido realmente? —sugirió la joven, repentinamente aprensiva.

Blunt arrugó el entrecejo.

—Quizá...

El timbre del teléfono estalló de repente, haciéndolos sobresaltarse. Phyllis fijó la vista en el joven, Blunt, tras una leve vacilación, le señaló el aparato.

Ella descolgó el teléfono. Blunt se situó a su lado. Phyllis situó el auricular de modo que su visitante pudiera escuchar lo que le decían.

—Señorita Spade...

—Sí. ¿Quién es?

—Smith.

—Esperaba encontrarme levantada, me parece.

Se oyó una risita.

—Chica lista —dijo Smith—. Tiene que serlo o no estaría al frente de la Spade Corporation.

—Una empresa floreciente, que usted quiere comprar por cuatro cuartos —dijo ella indignadamente.

—Es cuestión de negocios, nada más. Tenga todo preparado para pasado mañana... perdón, mañana, mejor dicho. ¿Recuerda las instrucciones?

De pronto, Blunt concibió una idea. Por señas, indicó a la muchacha que quería hablar con el chantajista. Ella le pasó el teléfono.

—¿Señor Smith? —dijo Blunt.

—¿Eh? —Sonó una exclamación de sorpresa.

—¿De qué se extraña, Smith? Si esperaba encontrar levantada a Phyllis era porque tenía que hablar conmigo. Y usted la ha llamado, después de cerciorarse de que yo iba a venir a su casa. Era la reacción que esperaba, después de haberse enterado de la falsedad de mi despido.

Phyllis se sentía aterrada. Su plan podía venirse abajo, con aquellas frases imprudentes. Intentó protestar, pero Blunt le hizo señas con la mano para que continuase callada.

—Smith, lo mejor será poner las cartas sobre la mesa —prosiguió el joven—. Es cierto, no estoy despedido y Phyllis me pidió que investigase el robo de las fotografías. Sé quién lo hizo, aunque no pueda traerle ahora al teléfono, por razones obvias. Y puesto que hemos hablado de poner las cartas boca arriba, enseñaré algunas más.

»Escuche esto bien: Phyllis no piensa ceder ni venderle ni una sola de sus acciones. Usted tiene unas fotografías presuntamente pornográficas, con las que piensa presionar a esta joven, para que acceda a sus disparatadas pretensiones.

—Si no lo hace, las publicarán...

—¿Quién, imbécil?

—Oiga, modere su lenguaje...

—Cállese, estúpido, y escúcheme bien. Esas fotografías son una trampa, compuesta por un tipo sin conciencia, llamado Larry Fersen. Atrévase a publicarlas, repito, y le saldrá el tiro por la culata... porque se puede demostrar concluyentemente que la mujer que aparece en las fotografías no es Phyllis. Usted tiene una copia a mano. Busque una lupa. Mire el muslo izquierdo de la mujer. Verá un lunar en la parte, alta, cerca de la cadera. Phyllis no tiene ningún lunar en esa región anatómica.

A Blunt le pareció que Smith debía estar con la boca abierta, anonadado por aquella inesperada revelación.

—En la parte izquierda inferior de la fotografía aparece el sello del estudio de Larry Fersen —continuó, implacable—. Phyllis está en condiciones de probar que jamás ha puesto los pies en ese sitio y Fersen, créame, cuando se vea ante un juez, confirmará su declaración.

»Por último, pedazo de idiota, hoy mismo, nos vamos a poner en contacto con todos los periódicos y revistas, y les advertiremos de la

posible tentativa de chantaje, mediante esas fotografías. Ningún periódico, ninguna revista, querrá aventurarse a hacer algo que puede ser su ruina, si el juez decreta una indemnización, que no sería nada baja. ¿Lo ha entendido, especie de bastardo tonto?

Al otro lado del hilo se oyó un feroz aullido. Blunt, satisfecho, colgó.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó.

—Arriesgado —contestó ella. Pero parecía sentirse mucho mejor y sonrió—: Le ha dado un buen vapuleo.

—Se lo merecía —dijo Blunt. Entornó los ojos—. ¿Qué diablos le hizo adelantar la fecha de la transferencia?

—Eso importa ya poco —declaró Phyllis—. Lo interesante sería, pienso yo, averiguar la identidad auténtica del señor Smith.

El teléfono sonó nuevamente.

Blunt levantó el aparato. Presentía quién era el que llamaba.

—¿Otra vez, Smith?

—Otra vez —dijo el sujeto—. De acuerdo, no podré publicar las fotografías, pero Phyllis tiene muchas amistades. Haré decenas, cientos de copias; las enviaré por correo...

—¿Hará usted las fotografías?

—Sí —rugió Smith.

—Temo que ha tenido una idea disparatada. Un sobre o dos, son fáciles de enviar, cuidando previamente de no dejar huellas dactilares en el papel ni en las fotografías. Pero la cosa cambia cuando se trata de enviar cincuenta sobres, cada uno de los cuales contendrá una docena de fotografías, lo que, en total, suman seiscientas. Inevitablemente, en una de esas fotografías, si no más, habrá alguna huella suya. Además, usted no querrá encargar las copias a algún fotógrafo, porque se puede averiguar quién lo ha hecho, mediante el examen de las cartulinas, en las que, repito que inevitablemente, encontraremos huellas dactilares. Y si se compra el material, lo sabremos también, sobre todo, teniendo en cuenta que hay algunos sospechosos a los que hemos echado el ojo. Estúpido, ha perdido la partida. Abandone ahora que es tiempo o perderá algo más que unos millones de dólares.

El alarido de rabia se repitió, pero Blunt no lo oyó por completo, porque ya había dejado el teléfono sobre la horquilla.

Con ojos brillantes, miró a la muchacha.

—Creo que este asunto se puede dar por zanjado, excepto por un detalle —dijo.

—¿Cuál?

—Los negativos de las fotografías.

—No sabemos dónde están...

—Los encontraremos en casa de Smith.

—Cuando averigüemos quién es, claro.

—Acabaremos por saberlo. —Blunt se encaminó hacia la entrada —. Échese a dormir y no se preocupe de más. Phyllis sonrió.

—Chester.

Blunt se volvió.

—¿Sí?

—Es usted un tipo estupendo.

—Gracias.

—Llevaba un año con nosotros. En todo ese tiempo no le oí una sola palabra amable hacia mí.

—Usted es el patrón y yo un simple empleado.

—Pero no soy fea.

—Todo lo contrario. Sin embargo, cuando estoy en mi trabajo, no me fijo en la cara del patrón, salvo para saber si está contento o no de mi actuación.

—Yo lo estoy; Chester.

—Gracias, Phyllis.

—Cuando esto haya terminado, le pediré que me mire como una mujer, no como su jefe. A menos que...

—¿A menos qué? —repitió Blunt.

Ella se ruborizó.

—Por favor, olvide lo que hubo entre Ogden y yo —pidió, muy alterada.

—Ya le dije que en este mundo, todos tenemos derecho a cometer errores. Buenas noches, Phyllis.

—Buenas noches, Chester.

* * *

Durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando despertó, la asistente estaba atareada limpiando la casa. Después de darse una ducha, fue a la cocina.

—Hola, Lilian —saludó—. ¿Qué hay de nuevo?

—El periódico, señor —respondió la mujer.

—¿Alguna noticia de interés?

—Lo de costumbre: crímenes, atracos, conflictos internacionales... Ah, por si le interesa le diré que han matado a un tipo llamado *El Mula*.

Blunt sintió que se le encogía el estómago.

—¿Cómo, Lilian?

La mujer, atareada en la cocina, no volvió siquiera la cabeza.

—Léalo usted mismo, ¿quiere?

Blunt desplegó el periódico. En una de las páginas interiores había una estremecedora fotografía de Keefe, boca abajo, atado de pies y manos y, según el relato, con tres puñaladas en la espalda.

—Una salvajada —calificó.

—Vivimos en un mundo salvaje —contestó la mujer con acento filosófico—. ¿Cuándo le dan un nuevo empleo?

—No tengo prisa, Lilian. Aún me quedan algunos ahorrillos. Puedo esperar un tiempo, sin quebrarme la cabeza pensando en lo que sucederá al día siguiente.

—No se descuide. Los tiempos son malos.

—Sí, lo sé, pero ya encontraré algo. A última hora, siempre me queda el recurso de volver a la policía, aunque sea de uniforme y dirigiendo el tráfico en algún sitio.

—Ahí empezó usted, hace doce años —suspiró la asistente—. ¡Cómo pasa el tiempo!, ¿verdad? Aún me acuerdo de su primer caso, cuando echó el guante a un tipo llamado Gillis Wheeler... ¿Qué fue del hombre? ¿Sabe usted algo?

—No, hace tiempo que no tengo noticias tuyas. De todas formas, la condena fue muy corta. —Blunt soltó una risita—. Lilian, tiene usted una memoria fantástica. Si no me lo recuerda usted, yo ya ni tenía idea de que Wheeler estuviese en este mundo.

—El otro día lo vi por la calle. Me pareció un conspirador. Para mí que está planeando algo. Andaba por las inmediaciones del Primer Banco Nacional y parecía examinar el edificio con ojos de rayos X.

—Como los de *Superman* —rió Blunt.

—No se lo tome a broma; esos tipos jamás descansan. ¿Me permite un consejo, señor Blunt?

El joven asintió. Hacía muchos años que Lilian cuidaba de su casa, acudía un par de veces por semana y tenía con él la suficiente confianza como para reprenderle ásperamente en ocasiones que le parecía había hecho algo mal. Lilian, a fin de cuentas, no podía olvidar que había estado casada durante veinticuatro años con un policía, muerto infortunadamente en un tiroteo. La pensión no era suficiente y por ello se ayudaba con trabajos en las casas, una de las cuales era la de Blunt.

Por tanto, Lilian, aunque no tuviese tratos con los interesados, conocía a muchos hampones y sus métodos. Blunt se dijo que no le costaría demasiado escuchar las palabras de la mujer.

—Muy bien, adelante, Lilian —invitó.

—Bueno, si yo estuviese en su lugar, iría a ver a Wheeler. Ese tipo es capaz de todo y tiene muchas relaciones. Sabe cosas en cantidad sobre infinidad de tipos y quizá podría decirle algo del tipo que robó la caja de la Spade Corporation. De este modo, usted podría volver a su empleo, localizando al ladrón...

Blunt reflexionó sobre la propuesta de su asistente. Lilian, por supuesto, no sabía nada acerca del pacto que había establecido con Phyllis. Ciertamente, sabía que Wheeler no le tenía demasiadas simpatías, pero Wheeler, a su vez, sabía también que él podía ponerle en muchas dificultades con sus amigos de la policía. «Y váyase lo uno por lo otro», pensó.

—O. K., Lilian —dijo al cabo—. Iré a ver a Wheeler.

—Su cuartel general está en el viejo almacén de la Calle Veintisiete, en el número dos mil novecientos treinta y tres.

—Lo sabe todo —exclamó Blunt, admirado.

Lilian se tocó la frente con el índice.

—No habré sido guapa nunca, pero jamás olvidé una cara o un nombre o un número, y mi difunto Vincent hizo en aquel caserón más de una incursión —contestó.

CAPÍTULO XII

El viejo almacén parecía desierto en aquellos momentos. Blunt contempló la entrada durante unos segundos y luego se decidió a actuar.

En lugar de usar el portón de carga y descarga, eligió la pequeña puerta de servicio. El juego de ganzúas le hizo un buen servicio y el paso quedó libre en pocos instantes.

Al otro lado de la puerta, había una escalera, con peldaños de madera, que conducía al piso superior, donde antiguamente habían estado las oficinas. Blunt subió paso a paso, tanteando cada escalón, a fin de evitar crujidos delatores y, al fin, llegó ante otra puerta, cuyo pomo probó con la mano.

No había llave echada que impidiese su paso y la abrió, asomándose a una habitación en la que se veían unas cuantas mesas y sillas, con evidentes señales de poca limpieza. En medio de un silencio sepulcral, avanzó por el interior del edificio y descubrió una cocina y un par de dormitorios, amén de un cuarto de baño. Alguien había transformado las viejas oficinas en vivienda, pero ahora no parecía que hubiese allí ningún inquilino.

Buscó por todas partes, pero no encontró nada que llamase su atención. Al fin, decidió dar media vuelta. Tendría que buscar a Wheeler en otra parte, se dijo.

Al volver a la sala, divisó un viejo armario de madera, adosado a uno de los muros. Era de grandes dimensiones y le pareció mal marcharse sin echar un vistazo a su interior. No esperaba encontrar nada, pero...

En el momento en que alargaba la mano hacia el tirador, percibió el mal olor. Ello le hizo estar apercebido para la caída del cuerpo que, fallado del apoyo de la puerta, se venció al exterior,

hacia adelante.

Blunt sacó un pañuelo y se tapó la nariz.

—Por lo visto, a Wheeler le gusta esconder sus muertos en el armario —masculló.

Con el pie, dio la vuelta al apestoso cadáver. El rostro le pareció conocido.

—Si es...

¿Quién había asesinado a Wetterly?, fue la primera pregunta que se formuló.

Al cabo de unos segundos, venciendo su repugnancia, se inclinó y registró las ropas del muerto. No tardó en encontrar algo que, provocó una dilatación de sus ojos, debido a la sorpresa que le causaba el hallazgo.

Pasado un rato, se puso en pie. Tras unos segundos de vacilación, se decidió a dejar las cosas como estaban. El muerto ocupó su puesto en el armario. Blunt fue a la cocina, se lavó las manos largamente con jabón y detergente, y considerando que su tarea había finalizado en aquel lugar, se encaminó hacia la salida, enormemente satisfecho, porque había encontrado la solución. Debía darle las gracias a Lilian, pensó. Incluso le subiría el salario; se lo tenía bien merecido.

* * *

—Bueno —dijo Wheeler, cuando todos sus secuaces estuvieron congregados en el cuarto, alrededor de la mesa—. Mañana es el gran día. Vamos a dar el último repaso a la operación...

El Bello Alex arrugó la nariz y aspiró fuertemente el aire.

—Amo, aquí huele muy mal —se quejó.

—Abre la ventana, *Chino* —ordenó Wheeler—. El caballero tiene la pituitaria muy sensible. ¿Dices lo mismo cuando metes la nariz entre las tetas de alguna individua?

—Alex tiene razón —intervino *El Manta*—. No hay quien aguante este olor.

—En la cocina hay un espray ambientador —dijo Wheeler, armándose de paciencia—. ¿Qué os pasa, muchachos? ¿Os habéis vuelto todos señoritas melindrosas y escrupulosas?

—Ese olor... —refunfuñó *El Bello Alex*—. Parece hedor de

muerto.

—Pues Wetterly no puede ser, porque se lo largamos a Stone.

De pronto, la mirada de Wheeler, que también notaba el hedor, fue hacia el armario. Una horrible sospecha se infiltró inmediatamente en su cerebro.

—Rayos, no puede ser...

Para salir de dudas, se levantó y abrió el armario. El cadáver de Wetterly golpeó el suelo un segundo después.

Wheeler dio un salto atrás, jurando a voz en cuello. Sus secuaces sacaron los pañuelos y se los pusieron ante la cara. El desconcierto era enorme.

—Tenemos que deshacernos de este estorbo cuanto antes —barbotó Wheeler—. Rápido, hay que sacarlo de aquí ahora mismo...

Un agudo sonido, que ganaba en intensidad rápidamente, se dejó oír en aquel instante. Abrumado, dándose cuenta de que sus sueños de tener al día siguiente un millón en sus manos, se habían evaporado, Wheeler se derrumbó sobre una silla y esperó, con los demás, la llegada de la policía.

El estridor de la sirena se apagó justo bajo la puerta de entrada al almacén viejo. Wheeler dio un consejo a sus secuaces:

—No os resistáis, sería peor. Nosotros no liquidamos a Wetterly y, aunque ahora pasemos algunos apuros, acabarán por dejarnos marchar.

Hubo un movimiento general de aquiescencia. La puerta se abrió y dos patrulleros de uniforme, pistola en mano, aparecieron en el hueco.

Wheeler hizo un ademán resignado:

—Pasen, caballeros, pasen —invitó, cortés—. Quien quiera que sea el autor del chivatazo puedo asegurarles que no les ha engañado. El cadáver está ahí: un maldito estorbo, del que no hemos podido deshacernos, por más que lo he intentado.

* * *

Los ojos de Phyllis se pasearon por los cinco rostros que formaban semicírculo a su alrededor. Eran los cinco altos ejecutivos de su empresa y ninguno de ellos sabía por qué había sido convocado a aquella reunión extraordinaria en la residencia de la

joven.

—Lo van a saber muy pronto —dijo Phyllis, tras unas breves palabras de salutación—. Esta reunión está relacionada con el robo de mi caja fuerte. Uno de ustedes cinco es el culpable y dentro de unos minutos será desenmascarado.

—¿Tiene fiebre, Phyllis? —preguntó Raymond Alba sarcásticamente.

—¿No ha tomado una copa de más? —sugirió Robinson.

—La señorita no tiene fiebre ni ha bebido —sonó de pronto la voz de Blunt, que había aparecido por la puerta que conducía al interior de la residencia.

—¡Blunt! —Exclamó Gordon—. ¿Qué hace usted aquí?

—Pero ¿no le habían despedido? —exclamó Linkletter.

—Fue un ardid de la señorita Spade —manifestó Blunt tranquilamente—. Junto con el dinero y algunos documentos sin mayor importancia, le robaron otra cosa, de la que el autor del plan, pensaba sacar un notorio provecho: nada menos que la propiedad de la Spade Corp.

—Imposible, no está en venta —dijo Robinson.

—El autor del plan quería emplear el chantaje. No digo cuáles eran sus procedimientos, porque está aquí y lo sabe tan bien como la afectada y como yo. Pero calculó mal... o no supo elegir sus colaboradores.

—¿Quién es? —Preguntó Wilcox—. Esto es algo que se debe saber enseguida. Somos las manzanas de un cesto. Yo me considero sano y no quiero que me roce siquiera la podrida.

—Calma, por favor —rogó Blunt—. Todo empezó cuando un tipo llamado Frank Ogden se adueñó del corazón de la señorita Spade. Ogden lo hizo porque alguien le persuadió a conquistarla, y lo consiguió, pero luego se sintió persona decente y el autor del plan, despechado, ordenó que lo matasen, acción que ejecutó un asesino profesional llamado Bradd Ketchum, afortunadamente muerto. Diré, no obstante, que Ogden había conseguido ciertas fotografías de Phyllis, que ella logró recuperar, junto con los negativos. Pero el culpable lo supo y contrató a un tal Wetterly para que ejecutase el robo, cosa que hizo, con la ayuda de un tal Greg Pine.

»Wetterly se dio cuenta de que, a pesar de haber conseguido

veintiocho mil dólares de la caja fuerte, iba a ser un asunto de mucha mayor envergadura y solicitó una parte superior. Consiguió un balazo, propinado por el inevitable Ketchum, quién, después tuvo un rasgo de humor y escondió el cadáver en la casa de un ex compinche suyo, con quien tenía una cuentecita que saldar.

»Lo que ha sido del cadáver de Wetterly durante estos días —continuó Blunt—, no tiene demasiada importancia. A fin de cuentas, hizo su papel y, concluida la actuación, desapareció por el foro. Pero el culpable llegó a saber que mi despido no era sino pura ficción, y contrató al asesino profesional para que me quitase de en medio, cosa que, hablando con sinceridad, estuvo a punto de lograr. Incidentalmente, diré que fue Ogden quien puso al culpable en contacto con Ketchum. Ogden no era el joven virtuoso y honesto que aparentaba. Tenía muchas relaciones con el hampa, lo que, a fin de cuentas, resultó la causa de su muerte.

—Bueno, pero todavía no nos ha dicho quién es el culpable —exclamó Raymond Alba.

—El mismo que asesinó de tres puñaladas por la espalda a uno de sus ayudantes, un tal Burt Keefe, alias *El Mula*.

—Lo he leído en los periódicos —manifestó Linkletter—. Ese individuo, ¿está aquí?

—Si es así, ¿cómo podría probarlo? —preguntó Gordon.

Blunt retrocedió unos pasos, entró en la habitación contigua y volvió a salir con unos objetos en la mano, que depositó sobre la mesa de centro de la sala.

—Transmisor y receptor —dijo—. El primero estaba en el despacho de Phyllis. El receptor estaba en el del culpable. Son muy pequeños, pero de la potencia suficiente para alcanzar a un par de kilómetros de distancia.

Sonaron unas exclamaciones de sorpresa. Impasible, Blunt dejó un delgado fajo de papeles sobre la mesa.

—Copias de los esquemas de los sistemas de seguridad —añadió—. Hay algunas anotaciones de puño y letra del culpable. No aparece su firma, pero los peritos calígrafos establecerán su identidad sin lugar a dudas. Los encontré en los bolsillos de la chaqueta de Wetterly, quien, acaso pensaba emplear esos documentos también como palanca de su futuro chantaje. El culpable no mencionó este detalle a Ketchum, tal vez porque

suponía que Wetterly habría destruido los documentos, como seguramente le aconsejó. Pero no se puede tratar con hampones; te traicionan en cuanto pueden... y de eso sé un rato largo.

—El nombre, el nombre del culpable —exigió Wilcox, impaciente.

—Había tres posibles sospechosos, debido a su relativo parecido más corporal que fisonómico, aunque el culpable, en cierta ocasión, se puso bigote y zapatos con tres centímetros de tacón... en las dos visitas que hizo a un tal Larry Fersen. De los tres, sólo uno, repito, es el culpable. Los robos y las muertes de esos hampones no tienen mayor importancia, salvo en un caso: el asesinato de El Mula. La navaja quedó en el cadáver y en ella han aparecido las huellas dactilares del asesino. La policía lo encontrará y...

De repente, Gordon se puso en pie, con un revólver en la mano.

—Blunt, usted supo que era yo —dijo—. ¿Cómo llegó, a esa conclusión?

—Entre otras cosas, y tras haber pensado en usted más que en los otros, investigando, y así supe que Ogden y Wetterly se habían visto más de una vez, y que también usted y Ogden habían hablado en varias ocasiones. Me lo ha dicho un tal Wheeler, a quien Ketchum no tenía ninguna simpatía. Ha podido demostrar que no fue él quien asesinó a Wetterly y ya está en la calle, pero como Ketchum, a fin de cuentas trabajó para usted, ha querido ayudarme con sus informaciones.

—¿Qué le hizo sospechar de mí más que de los otros? —preguntó Gordon.

—Usted fue a visitarme a mi casa, con la excusa de mostrarme su simpatía. Entonces pronunció una frase, en la que no reparé sino hasta hace poco. Señor Gordon, usted anda ya rondando los sesenta años. A esa edad, y más en un tipo de su clase, no se piensa en fundar una nueva empresa, sobre todo, cuando no se tiene el capital suficiente. Puede dirigir una sociedad en marcha... pero no empezar de la nada, arriesgando los ahorros de toda una vida. Quería ser el amo de la Spade Corporation y por ello recurrió a métodos expeditivos que, a fin de cuentas, no le han servido para nada.

Gordon estaba lívido. Su frente aparecía cubierta de gotas de sudor. Incluso un hilillo le resbalaba por la mejilla derecha.

—Voy a marcharme. No intenten retenerme o dispararé...

—Será mejor que tire la pistola —gritó alguien en la puerta.

Gordon se volvió velozmente y apretó el gatillo. La bala pegó en la jamba de la puerta. Uno de los policías que habían irrumpido en la estancia, disparó también.

Se oyó un débil grito. Gordon manoteó y cayó al suelo. Phyllis volvió la vista a un lado. Un policía de paisano se acercó a Blunt.

—Has hecho una buena labor, Chester —elogió el teniente MacLane.

—Sí hubiera recordado a tiempo los propósitos de Gordon... —se lamentó el joven—. Teniente, será preciso registrar la casa de Gordon. Hay unas fotografías y negativos que deben ser destruidos.

—Déjalo de mi cuenta, muchacho —contestó el policía.

* * *

—Bueno —exclamó Phyllis, un par de días más tarde—, vuelve usted a ocupar su puesto. Con el treinta por ciento de aumento que le prometí.

—Gracias —sonrió Blunt—. El cargo me gusta.

—Lo celebro, Chester.

—Y tengo que pedirle una cosa.

—Si puedo complacerle, accederé con mucho gusto.

—Lilian, mi asistenta, me dio una buena idea. Sin las copias de los esquemas de seguridad, habríamos tenido muchas dificultades en probar la culpabilidad de Gordon. Tómela a su servicio; será una excelente ama de llaves.

—Esto está hecho —contestó Phyllis sonriendo—. Oiga, en medio de todo, debió de ser muy divertido ver cómo se traspasaban los unos a los otros el estorbo que era el cadáver de Wetterly.

Wheeler le había contado a Blunt todo lo concerniente al asunto y él, a su vez, se lo había relatado a la muchacha.

—Un muerto siempre estorba —dijo, sentencioso.

—Pero en este caso, fue como si hubiese hablado después de morir —murmuró Phyllis, aludiendo a los documentos hallados en las ropas del cadáver.

—Cierto —convino Blunt—. Ah, oiga, una vez que haya puesto en marcha nuevamente, todos los sistemas y servicios de seguridad, me tomaré una semana de vacaciones.

—¿Adonde piensa ir, Chester?

Blunt se encogió de hombros.

—No sé. Ya pensaré en algún sitio...

—¿Se irá solo?

Blunt captó la malicia de la pregunta y sonrió.

—Sí, claro, solo —contestó.

—Tal vez yo también me tome unas vacaciones. Creo que las necesito, Chester.

Phyllis hizo una pausa y añadió:

—Ésta mañana, quemé todas las fotografías.

—Lo celebro. MacLane se portó muy bien.

Ella meneó la cabeza.

—No volveré a ser tan confiada —dijo—. Al menos, con un hombre que no sea mi esposo.

—Encontrará alguien que la quiera, descuide.

—¿Lo crees así, Chester? —Phyllis le tuteó repentinamente.

—¡Claro que sí, mujer! La vida no se ha terminado aún...

—Estoy de acuerdo contigo. Oye, voy a pedirte un favor.

—Desde luego, Phyllis.

—¿Me permites que te acompañe en las vacaciones?

Blunt sonrió levemente.

—El patrón y su empleado —dijo.

—Quizá, dentro de muy poco, se produzca una relación distinta, más... íntima, Chester. ¿Tendrías algún inconveniente en hacer la prueba?

—Ninguno —contestó Blunt en el acto.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.